La conquista del ESPACIO

BOLSILIBROS BRUGUERA

¡JO, QUE PEQUEÑITOS!

Ralph Barby

CIENCIA FICCION





¡JO, QUE PEQUEÑITOS!

Ralph Barby

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

430 – El gladiador galáctico, *Ralph Barby*.

431 – Amazonas de las galaxias, *Curtis Garland*.

432 – El planeta de los cíclopes rojos, *Kelltom McIntire*.

433 – El horror llegó del mar, *Curtis Garland*.

434 – Poder sin límites, *Glenn Parrish*.

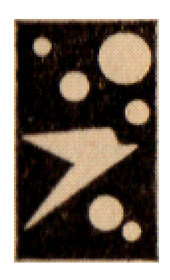
RALPH BARBY

¡JO, QUE PEQUEÑITOS!

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 638

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 31.560 - 1982

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: noviembre, 1982

2ª edición en América: mayo, 1983

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPÍTULO PRIMERO

El topoláser avanzaba con duro esfuerzo, Alex Brau pilotaba aquella máquina lenta que trituraba y desmenuzaba las rocas de mineral que otras máquinas cargarían con sus palas en transportes oruga. Después, éstos las trasladaban a la factoría de transformación que se hallaba tan sólo a cien kilómetros de distancia.

Los aerodeslizadores estaban prohibidos. Como aquél era un penal espacial, se había optado porque la maquinaria no fuera aerodeslizante, aunque podía moverse con rapidez para evitar cualquier problema con los penados. Sólo la guardia poseía aerodeslizadores ligeros para vigilar las áreas de trabajo.

Alex Brau era uno de los condenados. Había aceptado su situación, rehuyendo todo intento de fuga. Por otra parte, sabía que la fuga del planeta XC-12 era imposible y si no, casi imposible. Ese «casi» era con lo que jugaban los que no soportaban el confinamiento en el planeta minero donde tenían que trabajar y trabajar, período tras período, sin pensar en poder abandonarlo hasta haber cumplido su condena.

Todos los condenados llevaban alrededor del cuello una argolla que les marcaba y sujetaba, ya que por control remoto se podían enviar impulsos a cada argolla para producir tortura.

Alex Brau no odiaba menos que el resto de los penados aquella horca que le controlaba y convertía en un esclavo.

Sonó la chicharra dentro del panel de mandos del topoláser.

Alex Brau que, como todos, vestía un traje de supervivencia, ya que aquel planeta minero carecía de oxigeno y Ia temperatura era de menos ciento sesenta grados Celsius, pulsó un botón y en una

pequeña pantalla de cuatro pulgadas apareció el rostro del oficial de guardia.

— Turno veintitrés. Detened las máquinas y abandonarlas. Esperad afuera el relevo, tal como está ordenado.

— Uf, por hoy la cosa terminó —suspiró Alex Brau, harto de triturar rocas y más rocas, una jomada tras otra, maniobrando con aquel maldito topoláser con tracción oruga.

Detuvo los mandos y saltó del vehículo. Al poco, aparecía el vehículo que transportaba a los condenados a trabajos forzados en el planeta minero XC-12.

El condenado que debía efectuar el relevo saltó al suelo y Alex Brau subió al vehículo.

Estaba cansado, parecía que hubieran construido aquellas pesadas máquinas mineras a propósito para que los condenados se fatigaran manejándolas.

— ¡Atención, atención, un penado trata de escapar!

Así era, en efecto. Pudieron ver el monofaro de un bulldozer alejándose con la pala a medio elevar.

— No trata de escapar —rezongó Alex sabiendo que le oían. Todo lo que él decía se transmitía por el emisor incorporado en su casco de total transparencia.

— ¿Ah, no? —gruñó uno de los vigilantes que les custodiaban dentro del vehículo.

-No.

— ¿Qué hace, entonces?

— Se ha vuelto loco, y no es para menos.

El bulldozer con tracción de oruga avanzó hasta otro vehículo que estaba detenido. Lo embistió y con la pala lo volcó sin dificultades.

El aro de control comenzó a enviar impulsos torturantes al cuello del penado que semejaba haber enloquecido para que depusiera su actitud belicosa, pero aquel hombre hinchaba su rostro, rugía y rugía, mientras parecía que sus ojos fueran a saltar de las cuencas.

Todos le podían oír rugir como un monstruo herido, era como si hubiese dejado de ser humano.

Aumentaron el poder de los impulsos torturantes.

Salía humo del cuello como si la piel estuviera chamuscándose, pero el penado había llegado al límite de su locura y siguió avanzando dando al bulldozer la máxima velocidad.

Un aerodeslizador cargado con una patrulla de vigilantes armados fue hasta él. Le hicieron unos disparos, pero el bulldozer aguantaba como si hubiera enloquecido lo mismo que el hombre que lo pilotaba. Era como si la máquina de palear rocas se hubiera cansado también de tanto y tanto trabajo.

El aerodeslizador de la patrulla vigilante sorteó al bulldozer, mas el piloto cometió un error y quedó sin salida entre unas rocas.

Con sus propios rugidos, el penado se liberaba de oír las órdenes conminatorias que le lanzaban, ahuyentando también el dolor. Era ya un alucinado que buscaba la muerte como única liberación.

La pala estaba medio elevada y su cuchilla quedaba amenazadora delante del aerodeslizador. El penado pisó a fondo el acelerador y todos pudieron escuchar los alaridos, esta vez brotando de las gargantas de los miembros de la patrulla que se velan aplastados, guillotinados sus cuerpos.

La sangre fluía ya por debajo del aro que oprimía el cuello del penado enloquecido, sangre que resbalaba por su cuerpo, desapareciendo dentro del traje de supervivencia.

Se desmoronaron también las rocas de la pared.

Una nave de vigilancia que volaba por encima de ellos disparó su cañón, terminando la historia, la pequeña y dolo-rosa historia de un condenado a trabajos forzados en un planeta minero y que no había podido resistir más la falta de luz solar, oxígeno, calor, siempre metidos en la mina, iluminados por los faros.

Cuando el rayo del cañón dio de lleno en el bulldozer, éste se inflamó, produciendo una luz blanca vivísima. Los metales se fundieron y los cuerpos humanos se incineraron, lo mismo el del penado enloquecido que los de los vigilantes de la patrulla que habían sucumbido ante la feroz embestida.

— Asunto terminado —opinó Alex Brau.

El suboficial que iba al mando del vehículo de transporte gruñó:

— Os tendríamos que desintegrar a todos, sería lo más práctico. Dejaríais de ser un peligro y purgaríais de una vez por todas vuestras culpas.

— ¿Y quién haría nuestro trabajo? —preguntó otro de los condenados, riéndose casi estúpidamente.

— Sería más fácil y barato construir androides o simples robots para los trabajos que hacéis; la Confederación tendría menos problemas.

Alex Brau se atrevió a opinar:

— Muchos preferirían morir, como ese hombre que ha terminado con la patrulla.

Cuando llegaron a la rampa que les introducía en la colonia que se hallaba en el subsuelo, se abrieron y cerraron compuertas para que la atmósfera reinante allí dentro no se perdiera.

— Tú, no, Alex Brau —le dijeron cuando se disponía a marchar hacia su celda para cambiarse de ropa, darse una ducha y prepararse para la comida.

— ¿Yo no? ¿Qué sucede?

— A callar y a obedecer —gruñó el sargento, añadiendo—: Sígueme, pero sácate el yelmo.

Le llevaron al mismísimo despacho del gobernador del planeta de castigo. Tras aguardar unos minutos, una funcionaría asistente les indicó que ya podía pasar.

Detrás de su amplia mesa de despacho, con tres teclados distintos al alcance de sus dedos y una batería de dos docenas de pantallas que le permitían controlar aquel penal espacial, el gobernador miró a los recién llegados.

— Bien, Alex Brau, no tengo quejas de usted.

— Soy buen muchacho, gobernador.

— Así parece y precisamente en su ficha tenía bien destacada la

advertencia de que era usted todo un personaje indisciplinado.

— Habladurías, gobernador, habladurías.

— Tengo la impresión de que es usted muy irónico.

— Lo único que deseo es pasar el tiempo que me resta de condena y volver a vivir mi vida.

— Le quedan aún mil setecientas ochenta y dos jornadas.

— Dicho así, parece mucho tiempo y menos mal que no me lo ha contado en horas, gobernador.

— Podría decírselo en segundos, quizás le pareciera más divertido. Alex Brau, será usted trasladado.

— ¿Adónde?

— Será trasladado a una cosmonave que pasará cerca de este planeta penal minero. Una cosmonave ligera efectuará el traslado.

— ¿Y a dónde se dirige la cosmonave? Bueno, creo que es lo mismo que preguntar adónde van a llevarme.

— Sólo estoy autorizado a decirle que va a ser enviado a una cosmonave; ni siquiera puedo revelar de qué cosmonave se trata.

Alex Brau, sarcástico, rezongó:

— ¿Han puesto en marcha otro penal espacial?

— Existen otros centros de internamiento de alta seguridad, aunque puedo decir que en la historia del planeta penal minero XC-12, no ha habido una sola fuga.

— Con esto —dijo Alex Brau, tocándose la maldita argolla que lo sometía —es imposible escapar.

— Sí, es un artilugio muy efectivo. No lo inventé yo, pero tengo el orgullo de decir que introduje en esa argolla algunas mejoras que la hacen invulnerable, nadie se la ha podido quitar.

— Tenga cuidado, no sea cosa que en alguna ocasión le pongan una a usted, gobernador; sería muy cómico.

— A mí no me la va a poner nadie.

— Somos humanos, gobernador, todos cometemos fallos.

— Yo no cometo fallos.

— Pero puede caer en desgracia. Nuestra Confederación funcionó durante algún tiempo con mucha perfección, no era el paraíso pero se vivía bien. Después, se apoderaron de los cargos tipos indeseables.

— No siga, Alex Brau, no siga porque tendría que rellenar su ficha magnética con un informe que no le haría ningún bien. Podría sufrir recargos en su condena y, por supuesto, se tendría que olvidar de los posibles indultos que pudiera haber, ya sabe, indultos que reducen las condenas en un tercio, un cuarto...

Alex Brau se encogió de hombros; el gobernador tenía razón.

Cuando llegó a su celda, se duchó y cambió. Comió y después hizo su petate.

Cargado con él y escoltado por cuatro vigilantes armados, subió a uno de los pequeños y silenciosos vehículos que discurrían por los túneles de la colonia.

Con él se trasladaron a las dependencias del subsuelo del astropuerto, un lugar celosamente vigilado. Aquél era el punto del planeta que tenía más vigilancia armada, sin faltar un buen número de controles automáticos.

Alex Brau no había tenido ni tiempo de despedirse de sus compañeros de condena, compañeros junto a los que había pasado tantas y tantas jomadas de trabajos forzados en un planeta sin sol, sin atmósfera, sin calor, ni oxígeno.

Pasaron todos los controles y al final fue introducido en un aerodeslizador que funcionaba mediante la electroantigravedad.

El vehículo penetró en un túnel que a través de dos cámaras de descompresión les hizo salir a la gran plataforma de toma de contacto y despegue de cosmonaves, lo mismo cargueras que de servicios humanos.

El vehículo se introdujo en una pequeña cosmonave que aguardaba con todos los controles a punto. Las ventanillas se veían iluminadas, la trampa se cerró.

Identificaron al pasajero a través de una pantalla y los motores

entraron en ignición.

Alex Brau miró por una de las ventanillas y vio alejarse el planeta XC-12.

Aquél era el maldito planeta de castigo del que no había pensado salir tan pronto, pero ¿cuál serla su destino? Alex Brau no sabía nada, con él podían hacer lo que quisieran, era un condenado a trabajos forzados.

CAPITULO II

El vehículo patrulla en el que Alex Brau era transportado después de recorrer algo más de un millón de kilómetros, llegó a la cosmonave que les aguardaba y que era gigantesca, del tipo «Explorador» con un completo laboratorio espacial a bordo.

La pequeña cosmonave penetró en el hangar del nivel diez y las compuertas se cerraron. Cuando se hubo restablecido la presión interior, Alex Brau fue obligado a salir.

Escoltado, sin dejarle posibilidades de escapar, fue conducido a una salita donde aguardaban varios personajes. Uno de ellos llevaba el distintivo de la estrella binaria en el pecho y en las bocamangas, lo que le identificaba como comandante de la cosmonave.

Aquel personaje era una mujer alta, bien proporcionada, completamente segura de sí, hermosa y atractiva, aunque no era ninguna jovencita. Una mirada suya bastaba para mantener a sus subordinados a distancia.

Sus cabellos eran lacios, de un color negro azulado propio de las mutaciones cromosómicas de quienes habían nacido lejos del Sistema Solar. Sus ojos grandes, llenos de vida, penetrantes, también eran negros azulados como sus cabellos.

Por los uniformes que vestían los demás, Alex Brau observó que allí había dos miembros de las fuerzas milicianas, uno de ellos con la categoría de general.

También había tres miembros del departamento de ciencia espacial, uno era de ingeniería espacial y dos de sanidad. Entre ellos había dos mujeres, además de la comandante.

Se produjo un denso silencio. Tras observar al recién llegado que seguía escoltado por los vigilantes armados del penal, todos miraron a la comandante de la cosmonave que habló rompiendo el silencio.

— Alex Brau, si fuera usted un personaje, le diría: «Bien venido a la cosmonave Foc-3.000; yo soy la comandante Carloxia», pero sólo es un condenado a trabajos forzados.

— Soy un prisionero, es cierto, y cuando me sentenciaron perdí todos mis derechos de ciudadano de la Confederación, pero lo que nadie puede quitarme es mi condición de ser humano y si no soy bien recibido, ¿para qué diablos me han traído hasta aquí?

— General Koster —interpeló la comandante Carloxia, dándole a entender que debía ser él quien hablara.

El general Koster sonrió fríamente bajo las canas de su bigote. Carraspeó un poco y dejó que la voz fluyera sin prisas entre sus labios.

— Alex Brau, es sabido que fue usted uno de los mejores cosmonautas de la Confederación. Cometió un delito de indisciplina grave y por ello se le procesó y sentenció.

— Sí, ése es el pago a tener iniciativa propia.

— Se puede tener iniciativa propia —le corrigió el general Koster— siempre que no se desobedezcan órdenes superiores ni con ello se provoque perjuicios con pérdidas de vidas humanas.

Alex Brau bajó los párpados y apretó los dientes, no quería recordar lo ocurrido. Volvió a abrir los ojos y replicó:

— Fui procesado y condenado. ¿Acaso es esto un nuevo proceso? ¿Acaso no cuentan los cientos de jornadas que he pasado en el planeta de castigo? No pueden quejarse, no he interpuesto ningún recurso, acepté la condena. No he hecho ningún intento de fuga ni he provocado problemas en el planeta de castigo. ¿Qué es lo que quieren de mí ahora?

El general Koster volvió a hablar de forma mesurada.

— No se le ha venido a juzgar, puesto que ya ha sido juzgado y sentenciado. Usted, Alex Brau, era el mejor cosmonauta, el único capaz de subir a una cosmonave en problemas y salir adelante sacándole el máximo rendimiento. Era un buen cosmonauta, pero mejor como independiente que dentro de las filas de la milicia espacial.

— Era cosmonauta, ahora sólo soy un condenado. Cuando quede libre, ya veremos.

— Dicen que fue muy bueno —comentó con cierto desdén la comandante Carloxia —. He oído contar muchas hazañas de Alex Brau, aunque opino que hay más leyenda que verdad. Un buen comandante que exige disciplina a su tripulación ha de ser el primero en someterse a la superioridad.

— Si fuera un androide, actuaría como usted, comandante Carloxia —fue la réplica de Alex Brau.

La comandante apretó los labios, molesta.

— ¿Me ha llamado androide?

— Sólo digo que pensamos distinto. Lo que ocurre es que cuando las cosas van bien, la gente aplaude la iniciativa de uno, pero cuando se produce un accidente o un fracaso, todos se echan encima del poseedor de esa iniciativa. En fin, no creo que me hayan traído aquí para discutir; mi abogado ya expuso en su día los motivos y yo también, pero había una computadora junto a los jueces.

— Profesor Ferreri —interpeló la comandante Carloxia, como indicándole que debía ser él quien hablara.

— Alex Brau, hay un proyecto en marcha y es preciso acometer cuanto antes la tercera fase del mismo.

— ¿Prioridad uno?

— Así es —asintió el profesor Ferreri.

— ¿He de suponer que estoy aquí en razón a ese desconocido proyecto que debe ser puesto en marcha cuanto antes?

— Sí —asintió él profesor—. La cuenta atrás ha comenzado; cada segundo que pasa es un segundo menos en la cuenta atrás.

— ¿Debo pensar que les hace falta un comandante para una cosmonave?

El profesor Ferreri miró entonces al general Koster y fue éste quien dio la respuesta.

— Sí, es preciso encontrar a un comandante de cosmonaves, pero usted no es el único en la terna entre la cual hemos de escoger.

— Si me han hecho venir del penal, sigo suponiendo que habrá autorización de los gobernadores de la Confederación.

— Así es —confirmó la comandante Carloxia — . Por supuesto, si muere en el proyecto, quedará constancia de que ha muerto en el penal mientras cumplía su condena, nadie sabrá nada de este proyecto.

— Lo que quiere decir que el proyecto es altamente peligroso y que tengo muchas posibilidades de morir en el mismo.

Alex Brau no había hecho una pregunta, acababa de decir algo irrefutable, algo que nadie se atrevió a negar.

El general Koster admitió:

— Es cierto, tiene muchas posibilidades de morir. El profesor Ferreri se lo confirmará, puesto que es él quien ha llevado a cabo la preparación de esta tercera fase.

La comandante Carloxia, que mandaba en aquella cosmonave pese a que allí había un general de la milicia espacial, dijo:

— Se le propone que acepte una misión muy especial. Dígale el resto, general.

— Si se porta bien, Alex Brau —explicó el general Koster — le será conmutada el resto de la pena que debe cumplir; será un ciudadano libre de nuevo.

— Si me han enviado a buscar al penal es que la misión ha de ser altamente peligrosa, vamos, que si reviento nada se va a perder porque sólo soy un penado del que todos se han olvidado. Debe haber muy pocas posibilidades de sobrevivir.

— Usted no participará solo en la misión, Alex Brau —le dijo el profesor Ferreri.

— ¿Hay algún voluntario?

— Sí, y que no son voluntarios, para poder liberarse de una condena.

— Y esos otros, ¿por qué lo hacen, profesor?

— Por amor a la ciencia, a saber más, por ir más allá.

— Yo me pregunto, ¿qué es mejor, aceptar una misión en la que posiblemente voy a reventar o cumplir las jomadas que me quedan en el penal?

El general Koster volvió a carraspear antes de hablar como lo hacía él, en forma grave y pausada.

— Si no le sucede nada, quedará usted libre, con todos los derechos como ciudadano. Además, recuperará su licencia de primer comandante de cosmonautas, podrá volver a comandar una cosmonave a través de los espacios.

— ¿Primer comandante espacial, civil o miliciano?

— Civil.

— Me parece bien, general. Señores, comandante Carloxia, acepto. Si reviento, que sea luchando, porque me habrán escogido para luchar, ¿no es cierto?

CAPITULO III

Alex Brau contempló con alivio la partida de la pequeña cosmonave del penal. Le habían dejado ya sin vigilancia, sólo le quedaba la argolla, aquel maldito collar ceñido a su cuello y que era de un color dorado.

— Lo siento —le había dicho la comandante Carloxia—. La argolla de penado no se le puede quitar hasta que sea firmado su decreto de liberación y pase a las computadoras de justicia de la Confederación.

— Si no me quitan la argolla, no hago el trabajo —habla

amenazado Alex Brau.

— Si quiere renunciar, hágalo, será escogido otro cosmonauta, pero no se le puede quitar Ía argolla hasta que sea firmado el decreto de su liberación. Así son las leyes y hay que aceptarlas.

Alex expulsó el aire de sus pulmones con fuerza, se daba cuenta de que su amenaza no servía de nada.

— De acuerdo, pero como encuentre la forma de liberarme de esta maldita argolla, me la quitaré.

— Será un acto de rebeldía —le había advertido la comandante Carloxia.

— Muy bien, ya sé que todos los actos de rebeldía se pagan, me expongo a ello. ¿Y quién puede controlar la argolla a partir de ahora?

— Yo. Está bajo mi responsabilidad, puesto que me ha sido confiada su custodia y soy la comandante de esta cosmonave.

— ¿Nadie más?

Ella sonrió; no solía sonreír, pero en aquel instante lo hizo con malicia.

— En realidad, no soy yo si no el comandante de la cosmonave. Si yo no estoy de servicio por cualquier causa, el control lo llevará el segundo de a bordo.

— Es un consuelo saber que no todos a bordo pueden torturarme.

— ¿Se siente humillado?

— ¿Cómo se sentiría usted en mi lugar? A lo mejor, como es hermosa, sería más divertido ponerle la argolla en la cintura.

Alex Brau recordaba aquella conversación mantenida con la comandante Carloxia, una mujer que no parecía conocer la debilidad. Estaba muy lejos de ser una persona manipulable, tenía un carácter fuerte.

El profesor Ferreri la sacó de sus pensamientos.

— Fíjese, fíjese en la pantalla y luego nos dará su opinión.

La pantalla del laboratorio, una pantalla mural de setenta pulgadas,

se iluminó y sobre un suelo blanco pudo ver a unos seres humanos, eran hombres y mujeres. Tras ellos había una cosmonave estacionada.

— No conozco ese modelo de cosmonave. ¿Lo han construido mientras yo estaba en trabajos forzados?

— Es nueva también para nosotros —admitió la doctora Silvana, ayudante directa del profesor Ferreri.

— ¿Qué más ve? —preguntó el profesor Ferreri.

— Una mujer y tres hombres.

— ¿Qué ve de particular en ellos? —insistió el profesor Ferreri, deseoso de que Alex Brau desmenuzara cuanto vela.

— Los tres hombres parecen normales. La mujer es joven, muy hermosa, de cabellos color rojizo. Bueno, los hombres tienen las orejas algo más abiertas y redondas, a la mujer no se le ven por el pelo. ¿Se trata de alguna mutación?

El profesor explicó:

— Le voy a decir que no son humanoterrícolas.

— ¿Está seguro de que no lo son?

— Completamente seguro; ni siquiera conocemos sus voces.

— ¿No tienen voz?

— Sí la tienen, pero no hemos conseguido descifrarla.

— ¿Qué sucede con esos personajes, profesor?

— Hemos de contactar con ellos; ésa es nuestra misión.

— ¿En qué planeta están?

— Los tenemos prisioneros.

— ¿Prisioneros? ¿Han hecho algo en contra de la Confederación Terrícola?

— Que sepamos, no —repuso el profesor Ferreri.

— Entonces, ¿cómo pueden estar prisioneros? Eso va contra la

carta de las libertades espaciales.

— Digamos que sólo están retenidos para su estudio y observación.

— No me gusta esto, profesor.

Estaban ocurriendo muchas cosas nuevas, sucesos que Alex Brau, confinado en el planeta minero, no. podía ni llegar a imaginar.

El profesor Ferreri tomó una cajita que tenía tapa de grueso cristal, una cajita que no tenía más de tres centímetros de radio y que parecía apta para guardar alguna gema o pieza muy delicada de un artilugio de alta fiabilidad.

Alex clavó sus ojos en ella y dentro vio un objeto minúsculo, corno un grano de arroz de tamaño medio. Era brillante, como metálico.

— ¿Qué es esto? —preguntó.

— ¿No se lo imagina? —inquirió despacio el profesor Ferreri.

— No. ¿Un vestigio de algún objeto metálico o restos de un meteorito metálico?

— No. Eso que está viendo es una cosmonave.

— ¿Una cosmonave, bromea? —repitió, mirándole a los ojos primero a él y luego a la doctora Silvana.

— Así es. La cosmonave que ha visto en pantalla es eso.

— ¿Se trata de una grabación hecha a través de un microscopio?

. —Exactamente.

— ¿Y los personajes que han salido en pantalla están aquí dentro también?

— Sí, toda la tripulación está atrapada ahí.

La doctora Silvana explicó:

— La tripulación de esa cosmonave es autónoma dentro de la cajita. Al parecer, no le falta aire para respirar, agua para beber ni alimentos que consumir. Su cosmonave es equivalente a las nuestras con relación al peso y al volumen; todo está proporcionado.

Alex Brau escrutó el interior de la cajita con gruesa tapa de cristal tratando de descubrir a los diminutos personajes, pero no lo consiguió.

— Sólo se puede ver a través del microscopio —concretó el profesor Ferreri.

— Pero están prisioneros.

El profesor Ferreri aceptó:

— Si, en realidad están prisioneros, pero sólo durante el tiempo que sea necesario para contactar con ellos.

— ¿Ellos saben lo que les ocurre?

— No estamos seguros, no nos hemos podido comunicar. Sus voces no llegan hasta nosotros y las nuestras, aun disminuidas mediante aparatos, deben sonarles como fragor de truenos. Se sentirán apresados, pero no saben cómo ni por quiénes. Con sus ojos no nos han de poder observar bien, verán grandes masas de color y si poseen telescopios, lo que llegarán a ver serán los poros de nuestras pieles. De forma global, dudo que nos vean.

— Si es cierto lo que me cuentan, existe una gran desproporción entre ellos y nosotros. Si aún tuvieran el tamaño de un insecto, quizás pudiéramos entendernos.

La doctora Silvana concretó:

— Tienen el tamaño de una bacteria.

Alex Brau quiso saber:

— ¿Cómo los capturaron?

El profesor Ferreri explicó:

— Fue en una toma ordinaria de muestras del espacio, un pequeño meteorito, había que analizarlo. Pasó a mi laboratorio y al observarlo descubrí lo que está viendo con sus propios ojos. Lo observé con lupa, después con microscopio y acabé metiéndolo dentro de la cajita de cristal. De esa forma no pueden escapar.

— ¿Sabe esto el gobierno?

— Naturalmente, y nos exige una toma de contacto con ellos.

— ¿Y cómo piensan conseguirlo?

— Gracias al telescopio y al calculador electrónico conocemos sus medidas exactas. Hemos estado trabajando aceleradamente y hemos conseguido disminuir objetos y seres a su mismo tamaño.

— No me diga que han fabricado una máquina capaz de reducir a un objeto o a un ser hasta el tamaño de una bacteria sin que pierda sus propiedades originales.

— Así es. Esa será su misión, Alex Brau.

El joven frunció el ceño.

— ¿Insinúa que me van a reducir al tamaño de una bacteria?

-·-Usted ha aceptado.

— Yo no sabía de qué se trataba. Una cosa es meterse en una cosmonave por pequeña y avanzada que sea y viajar con ella a algún planeta desconocido, pero dejarme reducir al tamaño de una bacteria...

— Para su tranquilidad le informaré que ya hemos hecho pruebas.

— ¿Cuáles?

— Tenemos animales de laboratorio.

— ¿Cobayas?

— Sí, vea la pantalla de nuevo. Silvana, la grabación de la cobaya, por favor.

Apareció una cobaya dentro de una campana. Se iluminó hasta aparecer como una condensación blanquísima y en pantalla se vieron las manos del profesor Ferreri.

Habían instalado un microscopio y por un diminuto orificio se podía ver alimento.

— Fíjese, fíjese, por el orificio aparece Ia cobaya en busca del alimento, reducida y en perfecto estado.

— Ya la veo. ¿Y para reconvertirla luego?

— La cobaya ha sido reducida y el resto de átomos que componían

su cuerpo cuando era de mayor tamaño están dentro de la campana donde se mantienen hasta la operación inversa, es decir, para cuando se la volvió a su anterior tamaño.

— ¿Y han conseguido volver a la cobaya a su tamaño? — preguntó Alex Brau, preocupado.

— Sí, vea la pantalla.

Una batería de seis focos, que emitían sofisticadas radiaciones, desconocidas para Alex Brau, iluminó la campana que adquirió un color rojo y luego azulado.

El interior de la campana se hizo transparente y apareció la cobaya. Las manos del profesor levantaron la campana y tomaron la cobaya.

— La cobaya fue chequeada a fondo y no sufrió ningún deterioro en la operación de disminución de tamaño y recuperación posterior del tamaño original.

— ¿Tienes miedo? —preguntó Silvana, tuteándolo.

— No, he aceptado y seguiré adelante. Después de todo, es una situación apasionante.

— Es posible que esos seres desconocidos le reciban con animosidad —advirtió el profesor Ferreri.

— Trataré de buscar su amistad; veremos si lo consigo.

— Habíamos pensado en enviarles un mensaje reducido, pero se plantean una serie de problemas muy complicados.

— Si me reducen a! tamaño de una bacteria, ¿cómo me podrán trasladar a la cajita de cristal para acercarme a ellos?

— Respecto a este punto, hemos pensado que será usted introducido en una campana de cristal adecuada. Cuando ya esté reducido se encontrará al fondo de la campana de cristal, entonces le perderemos de vista. Usted tendrá que caminar hasta al borde de la campana, que será circular, hasta un paso que estará cerrado con una llave de cristal.

— ¿Como las utilizadas para los líquidos corrosivos?

— Exacto. Usted pasará por entre esa llave a una hora

determinada. Esa espita de cristal sólo permanecerá abierta durante treinta segundos, usted llevará un cronómetro apropiado. Pasará a través de ella y nosotros cerraremos la espita de nuevo para evitar la fuga de la cosmonave diminuta.

— ¿A través de esa espita podré llegar a. Ia cajita de cristal?

— Así es. La cajita será colocada dentro de otra caja mayor que estará conectada mediante un tubo de cristal a la espita de la campana. Llegará hasta la cosmonave desconocida y el resto dependerá de usted y sus acompañantes.

— ¿Y el regreso?

— Hablaremos sobre ello, falta ultimar algunos preparativos. Como ya le dije, no irá solo en este viaje al microcosmos.

— ¿Quién me acompañará?

— Se le comunicará en su debido momento, se lo digo para que no crea que va a exponerse solo en esta misión hacia un mundo aún desconocido para nosotros.

— ¿Puedo hacerle una pregunta, profesor?

— Naturalmente, todas las que quiera; veremos si puedo respondérselas.

— ¿Está garantizado que los átomos que componen mi cuerpo quedarán a salvo dentro de la campana en que se me reduzca? Me refiero a los átomos sobrantes.

— Sí, quedarán a salvo, bien protegidos. Cuando se lleve a cabo el proceso de recuperación de tamaño, no faltará ni uno solo de sus átomos.

— Les aseguro que han conseguido sorprenderme, lo que no era nada fácil; pero le diré una cosa, profesor.

— Le escucho.

— Creo que su proyecto no saldrá bien es posible que logre reducirme, pero no me fio nada de regreso, es decir, de la recuperación de mi tamaño normal

— ¿Por qué no confía en mí?

— Porque si usted hubiera inventado un plan de funcionamiento perfecto habrían enviado a otros comandantes y no habría buscado a un condenado a trabajos forzados como yo, pensando que si desaparezco nada va a ocurrir.

— ¿No le he dicho que no viajará usted solo?

— Sí, me lo ha dicho, pero no me lo ha contado todo. ¿Verdad, profesor?

El profesor Ferreri quedó en suspenso La doctora Silvana también lo miró y luego desvió sus ojos hacia otra parte, incapaz de volver a mirar a Alex Brau.

CAPITULO IV

La cosmonave Foc-3000 seguía cruzando el espacio galáctico.

Sus poderosos motores permanecían detenidos, viajaban con la velocidad obtenida gracias al impulso de los grandes motores.

Alex Brau deambulaba por la cosmonave sin nada especial que hacer.

El no era miembro de la tripulación, tampoco formaba parte del equipo científico que debía llevar a cabo el plan de contacto con los extraños seres microscópicos.

Alex Brau era la cobaya y debía esperar a que le llamaran para someterse a aquel experimento que podía fallar, era demasiado arriesgado.

Sus ropas le identificaban como extraño en la cosmonave y la argolla le señalaba como a un condenado a trabajos forzados.

Había perdido el sentido de la libertad, de movimiento autónomo. Podía acercarse al club de ocio de la cosmonave y tomarse unas bebidas a cuenta del gobierno.

Estuvo visionando algunas diversiones en la pantalla mural. Pasó por el magnífico gimnasio de la cosmonave y hasta paseó sus ojos por los cuerpos de las mujeres que viajaban a bordo.

Siendo como era un hombre visceralmente activo, comenzaba a sentir aburrimiento. Se interesó por el avance de los trabajos del equipo en el laboratorio bioelectrónico.

— Es posible que dentro de setenta y dos horas lo tengamos todo listo —le había dicho el profesor Ferreri.

Alex Brau se internó en el puente de mando de la cosmonave. Un androide de apoyo cinético y vigilancia le cortó el paso.

— No puede pasar, no puede pasar.

El androide no era precisamente una belleza física, su voz resultó muy irritante para Alex Brau.

— Apártate, no seas más idiota de lo que ya eres.

El hombre trató de avanzar, pero el androide puso sus dedos por delante y estableció una barrera electroestática visible.

— ¿Qué sucede? —preguntó la comandante Carloxia, que se apercibió de la presencia de Alex Brau en la puerta.

— Este androide no me deja pasar.

— El puente de mando no está accesible a quienes no tienen un servicio específico en él.

— Si tengo que manejar cosmonaves debo habituarme a los puentes de mando; hace tiempo que no he pisado uno.

— Está bien, tiene permiso para entrar

— Dígaselo a su androide protector

A la comandante Carloxia le bastó teclear en el panel de mandos que tenía a su izquierda para que las órdenes pasaran directamente al núcleo ordenador del androide, que dejó entrar al hombre.

Alex Brau se acercó a la comandante. Observó los teclados de mando y las baterías de pantalla que constantemente enviaban imágenes.

— ¿Qué rumbo llevamos? —preguntó.

La comandante tecleó y en una pantalla negra que tenía en la propia mesa aparecieron las coordenadas que Alex Brau grabó en su

mente.

— ¿Por qué nos dirigimos a la estrella Hanos?

— Tenemos que recoger un laboratorio en el planeta Séptimo de la estrella Hanos.

— ¿Es importante ese laboratorio?

— Todo lo que se me encomienda es importante —replicó.

— ¿Establecer contacto con esos seres microscópicos es lo más importante que te han encomendado hasta ahora?

— Podría ser, falta conocer los resultados. Es posible que al final todo sea un fracaso.

Al sentirse tuteada, la comandante de la cosmonave miró con recelo a Alex Brau, pero se había dicho a sí misma que debían tener ciertas concesiones con aquel hombre, un hombre que podía morir en aquella misión tan extraña que se le había encomendado.

— ¿Tiene miedo? —preguntó Carloxia.

— No, no tengo miedo, pero quizás no acepte.

Las palabras de Alex Brau sorprendieron profundamente a la mujer.

— ¿Cómo ha dicho?

— Que quizás renuncie a ser la cobaya de esta misión.

— ¿Por qué no? La misión es para voluntarios; además, se ha utilizado la coacción conmigo. Si no aceptaba, volvía al penal del planeta minero, a los trabajos forzados.

— Es que si no acepta será devuelto al planeta XC-12.

— Bueno, pues que me devuelvan —respondió Alex, encogiéndose de hombros como si nada le importara.

— No dirá eso en serio, ¿verdad?

— ¿Por qué no hablamos de todo esto en otra parte?

Carloxia miró en derredor; había tres tripulantes más allá y asintió, pulsando los automáticos y diciendo a los demás:

— Volveré dentro de un rato. Si ocurre algo anormal, póngase en contacto conmigo inmediatamente.

Los tres subordinados asintieron con la cabeza. Ya en el corredor, la mujer preguntó:

— ¿Dónde quiere que hablemos?

— Podemos ir al club y tomar unas bebidas, me siento de moral baja.

— ¿Moral baja? No contábamos con eso, Brau.

— Llámame Alex, por favor. Ya sabes que somos colegas, yo también soy primer comandante cosmonauta.

— En este momento sólo es un condenado a trabajos forzados.

— Soy un ser humano y estoy harto de tanta imposición, de tanta coacción, de tanta disciplina.

— Ya me parecía a mí que no era el hombre ideal.

— Ah, ¿opinaste sobre mí?

— Sí. Cuando pude ver su ficha dije que no era el sujeto idóneo para esta misión tan importante.

— Yo no pedí venir aquí.

— Yo creo que lo que pasa es que ha cogido miedo.

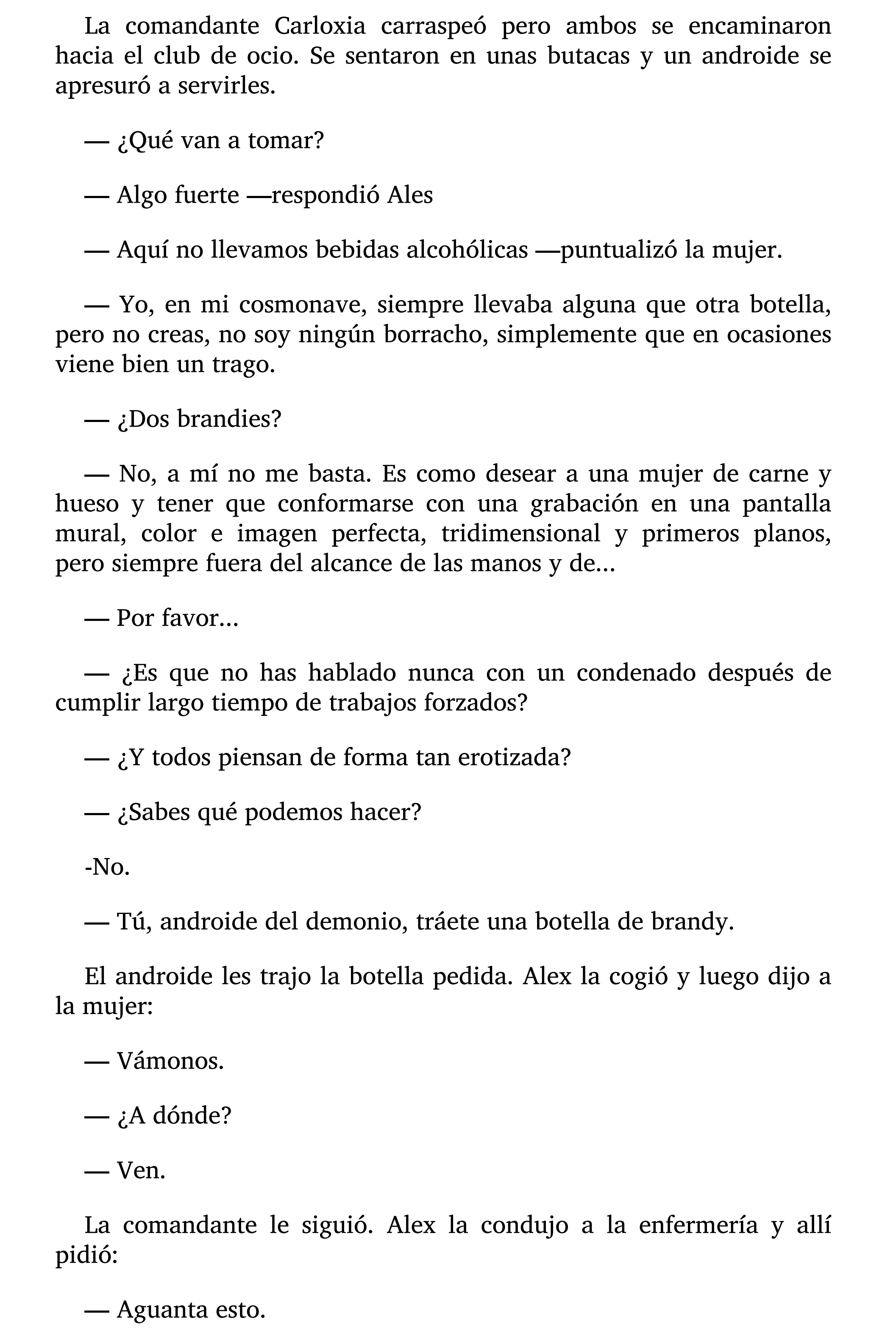
— ¿Miedo? —Alex sonrió — . Supongo que me dices eso para provocarme, pero hace tiempo que dejé de ser un niño, un adolescente que podía turbarse ante una mujer hecha y hermosa como tú.

— Prefiero que me mire como a la comandante de la cosmonave, que es lo que soy.

— ¿No tienes bebidas en tu camarote-

— -No.

— Lo cierto es que estoy desilusionado por todo, no sé si será porque hace mucho tiempo que no me acuesto con una mujer.



La comandante Carloxia carraspeó pero ambos se encaminaron hacia el club de ocio. Se sentaron en unas butacas y un androide se apresuró a servirles.

— ¿Qué van a tomar?

— Algo fuerte —respondió Ales

— Aquí no llevamos bebidas alcohólicas —puntualizó la mujer.

— Yo, en mi cosmonave, siempre llevaba alguna que otra botella, pero no creas, no soy ningún borracho, simplemente que en ocasiones viene bien un trago.

— ¿Dos brandies?

— No, a mí no me basta. Es como desear a una mujer de carne y hueso y tener que conformarse con una grabación en una pantalla mural, color e imagen perfecta, tridimensional y primeros planos, pero siempre fuera del alcance de las manos y de...

— Por favor...

— ¿Es que no has hablado nunca con un condenado después de cumplir largo tiempo de trabajos forzados?

— ¿Y todos piensan de forma tan erotizada?

— ¿Sabes qué podemos hacer?

-No.

— Tú, androide del demonio, tráete una botella de brandy.

El androide les trajo la botella pedida. Alex la cogió y luego dijo a la mujer:

— Vámonos.

— ¿A dónde?

— Ven.

La comandante le siguió. Alex la condujo a la enfermería y allí pidió:

— Aguanta esto.

Le entregó la botella.

La comandante le vio entrar en el botiquín y al poco, volvió a salir.

— ¿Qué ha hecho?

— Vamos a tu camarote, allí te lo contaré.

Opuso resistencia durante unos instantes, pero al fin cedió, Alex Brau resultaba muy persuasivo. Sus ojos tenían un mucho de cinismo burlón, transpiraban sensualidad.

A la mujer no se le escapaba que Alex Brau era un espléndido ejemplar de hombre terrícola, alto y fuerte, irradiaba masculinidad por todos sus poros, Tenía anchas espaldas y, sin embargo, sus caderas eran estrechas. Caminaba ligero y tenía algo de felino.

Carloxia estaba convencida de que Alex Brau debía haber tenido mucho éxito con las mujeres.

Se metieron en el camarote y la puerta se cerró automáticamente. Alex puso el seguro al tiempo que decía:

— Es para que nadie nos moleste. Anda, dame la botella.

— ¿Qué está tramando?

Alex vació en el lavamanos la mitad del contenido de aquella botella de brandy que carecía de alcohol. Sacó después una botella de plástico que llevaba una etiqueta en la que se podía leer: «alcohol».

— ¿La ha robado de la enfermería.'- —se escandalizó Carloxia.

— No, sólo la he pedido prestada va ‘i devolveré. —Vertió el alcohol dentro de la botella de brandy la tapó y agitó. Después, dijo —: No es lo mejor, pero podemos echar un trago.

— Yo no bebo ese brebaje.

— Como quieras.

Alex Brau bebió un trago largo ce brandy y se dejó caer en una butaca.

— ¿Satisfecho? —preguntó la comandante Carloxia.

— No, sé que voy a morir.

— ¿Morir? No, no va a morir.

— Por favor, tutéame. ¿Tanto te cuesta hacerlo?

— Suelo tratar de usted a todo el mundo

— Pues a mí vas a hablarme de tú

Ella suspiró.

— Te comportas como un niño.

— Un niño que ha sido condenado a — .ene

— Nadie te ha condenado a muerte

— ¿Ah, no? Entonces, ¿por qué habéis buscado a un condenado a trabajos forzados? Porque sabéis que 110 saldré vivo de este asunto,

— El profesor Ferreri asegura que podrá devolverte a tu tamaño normal.

— Pues a mí me ha dicho que tengo escasas posibilidades de regreso.

— Esos no son los informes que yo tengo.

— Se trata de que si no acepto, tendréis que dar la vuelta a la Foc-3.000 y llevarme al planeta de castigo, y si acepto, moriré en la misión.

— Has puesto las cosas de forma muy trágica.

— Carloxia, si regreso al penal seguiré sin saber lo que es una gozada con una mujer y si me quedo para la misión, no voy a morirme sin haberme acostado con una mujer, ya me entiendes. No quiero desaparecer sin haber pasado antes un buen rato, porque pasar del planeta de castigo a ser convertido en un microbio y luego morir, no tiene ninguna gracia.

— ¿Tan importante es para ti acostarte con una mujer?

— Soy un hombre, no un androide.

— ¿Tratas de burlarte de mí? —preguntó la comandante Carloxia, reacia a dejarse dominar por aquel ex-comandante de cosmonautas del que había oído hablar antes de que fuera elegido para la extraña

misión que tenían que llevar a cabo.

— No bromeo. —Se encaró con la pantalla mural y preguntó—: ¿Qué proyecciones utilizas para distraerte?

— ¿Por qué?

— Los hombres solemos visionar a mujeres bailando, no creo que eso te ponga bien a ti.

— No, claro que no. Suelo complacerme viendo paisajes.

— ¿Del planeta Tierra?

— Sí, preferentemente, paisajes de los santuarios salvajes. Me gusta ver la selva, los océanos embravecidos, los pantanos, las praderas, las altas montañas.

— ¿Por qué no pasas una proyección de selva, por ejemplo?

— Si eso te complace.

Carloxia se acercó al telemando. La pantalla se iluminó y casi de inmediato aparecieron unos paisajes que semejaban estar al alcance de la mano, casi se sentían rodeados de vegetal. Frente a ellos había una puesta de sol muy rojiza y entre el sol y ellos había agua, mucha agua, agua que se movía, agua que parecía fuera a desbordarse de la pantalla gracias al perfecto color y la visión tridimensional.

— Es hermoso.

— Sí lo es —aceptó la comandante mientras como fondo podía oírse la Pastoral, de Beethoven.

— Como te decía antes, Carloxia, yo no me voy hacia la muerte sin antes haber amado a una mujer.

— ¿Qué es lo que pretendes, en realidad?

— Comunicarme.

— Ya lo estás haciendo conmigo.

— Yo quiero comunicarme de forma integral, con la voz, con los ojos, con el oído, especialmente con el tacto. Piel con piel, boca con boca.

— No sigas. Trataré de buscar alguna voluntaria dentro de la cosmonave que pueda satisfacer tus instintos animales.

Alex Brau no parecía acusar las duras réplicas de la comandante. Se sonreía cuando le pidió:

— Anda, ponte delante de la pantalla.

— ¿Por qué, para qué?

— ¿Es que has de preguntarlo todo?

Carloxia obedeció y él la contempló con detenimiento.

— Magnífico.

— Basta ya de juegos, pareces un niño.

— ¿Crees que una mujer o un hombre, por mostrarse como es, por amar, por gozar con intensidad, es menos hombre o menos mujer?

— No sé adónde quieres ir a parar.

— ¿Por qué no te desnudas?

— ¿Cómo te atreves a pedirme eso? —brincó—. Soy la comandante de la cosmonave.

— Una comandante es también una mujer. Si te comportas como un robot te habrás traicionado a ti misma.

— Basta, Alex, salgamos de aquí —replicó, molesta.

— No, no antes de que me demuestres que no me tienes miedo.

— ¿Y cómo quieres que te lo demuestre?

— Muéstrame la espléndida belleza de tu cuerpo. No quiero irme a la muerte sin contemplar la hermosura de una mujer como tú. Si no accedes, ya puedes dar una vuelta de ciento ochenta grados y llevarme al planeta de castigo.

— Si te rebelas, te aumentarán la pena —bufó.

— No pueden hacerlo, por mi parte no ha habido ningún intento de fuga. Sólo dirán que no has sabido convencerme para que yo me convierta en un microbio.

— Eres un canalla chantajista.

— Sólo soy un hombre que va a morir, convertido en una diminuta bacteria.

— No permitiré que me chantajees.

— Carloxia, puedes demostrarme muchas cosas y dejarme suave, apto para convertirme en un miserable microbio.

— Eres un cínico. Si me desnudo, ¿no pedirás nada más y aceptarás la misión?

— Aceptaré el destino que habéis pensado para mí. No temas, sólo quiero gozar de ti con mis ojos y besarte.

— ¿Besarme? —repitió, poniéndose tensa.

— SI, es lo único que te pido. Palabra que no haré nada más que tú no quieras que yo haga.

— Si mientes, si tratas de abusar de mi, te haré pedazos. Soy más fuerte de carácter de lo que puedas imaginar.

— No es preciso que imagine nada, Sólo te pido que seamos hombre y mujer por unos minutos, que dejemos de ser robots y nos acerquemos a nuestras ralees de seres orgánicos, de seres vivos, de seres con sentidos.

Ella respiró profundamente.

— Espera, tómate un trago antes, te será más fácil.

Carloxia estuvo a punto de rechazar la botella, pero acabó por aceptarla y bebió un largo trago que la hizo toser.

Sintió calor en el pecho y comenzó a desvestirse.

Inició con desgana aquel strip-tease, pero poco a poco se fue dejando ganar por la música, por la belleza de las imágenes de la selva que aparecían en la pantalla mural, imágenes que a ella le llegaban hondo.

Sintió el calor de las miradas de Alex Brau sobre su cuerpo que, lentamente, quedaba libre de las ataduras de la vestimenta.

Alex se llenó los ojos de belleza. Era el rostro, los cabellos, los

senos plenos y generosos que no parecía fueran a servir para alimentar a nadie y que sin embargo estaban allí grandes, blancos, llenos de vida, con pezones como cerezas maduras.

Paseó su mirada por la cintura, por las caderas, por los muslos.

Siguió, siguió hasta que él mismo se levantó y se acercó a la mujer mientras parecía realmente que >r zallaran en la selva.

Con voz gutural, Carloxia le recordó:

— Sólo besar. Tú lo has dicho y no puedes traicionar tu palabra, eres un comandante cosmonauta.

Alex posó sus labios sobre los femeninos y la besó, la besó de una forma que a ella se le antojó interminable.

Alex dejó los labios de la mujer y siguió besando.

— ¿Qué haces? —musitó Carloxia que se sentía distinta. Se daba cuenta de que su energía había cambiado de lugar dentro de su propio cuerpo. La fuerza de su personalidad ya no estaba localizada en su cerebro; esa fuerza ansiosa de vida y de dominar se hallaba en otra parte de su ser.

— Besar, besar, besar... —repitió Alex mientras seguía besándola por el resto del cuerpo y notaba el temblor, los estremecimientos, las ansias que ya la dominaban.

— Alex, no sigas, por favor, no sigas —comenzó a suplicar.

Sintió que sus rodillas flaqueaban y se separaban por sí solas, ajenas a su voluntad.

Se sentía besada y deseaba más y más besos mientras ella también deseaba besar y así volcó su rostro sobre el cuerpo del hombre y comenzó a corresponderle.

En aquellos instantes habían dejado de ser comandantes cosmonautas para convertirse simplemente en un hombre y una mujer.

CAPITULO V

La sala era grande.

Alex Brau pudo ver cinco grandes cubos, eran como jaulas herméticas de grueso cristal irrompible. Cada uno de ellos, en uno de los lados de su base, tenía un orificio al que estaba empalmado un tubito de cristal con una espita. Todo quedaba perfectamente iluminado.

Había varias butacas para la observación y una telecámara adaptada a un microscopio.

Alex miró a los que allí se habían reunido para presenciar cuanto iba a ocurrir.

— ¿Quién irá conmigo? —preguntó.

El profesor Ferreri carraspeó ligeramente y luego dijo:

— El primer viaje al microcosmos lo hará usted solo, Alex Brau.

Alex Brau iba equipado con traje de combate En apariencia no se diferenciaba mucho de los demás atuendos, pero estaba preparado para recibir impactos que no causarían daño a su portador.

También llevaba un yelmo de protección contra golpes y disparos, aunque en aquellos momentos tenía el cristal protector del rostro subido.

Llevaba consigo un arma blanca metida en el ancho cinturón y colgada del mismo, una pistola polivalente. También llevaba un subfusil que aumentaba la potencia de la pistola en unas diez veces, una linterna autónoma con una potencia lumínica superior a diez mil lumen y una hoja de plástico para poder escribir sobre ella con rotuladores, con la ventaja de que se podía borrar lo que escribiera y volver a escribir en ella tantas veces como lo deseara.

— Usted iniciará la exploración. Cuando sepa algo, lo va escribiendo en la hoja plástica. No le podremos oír, pero le estaremos siguiendo con el microscopio y leeremos cuanto escriba, así sabremos lo que usted vaya descubriendo.

— De modo que voy a ir solo, ¿eh? Usted me dijo que no iría solo.

— ¿Tiene miedo? —preguntó el general Koster.

— ¿Miedo? No, no tengo miedo, pero no me gusta que me

engañen. Me envían a mí y si desaparezco, no pasa nada, absolutamente nada.

— No le sucederá nada.

— Tengo que confiar ciegamente en usted, profesor Ferreri, no me queda otro remedio. Dejaré que me miniaturicen para enviarme al mundo del microcosmos.

— No le ocurrirá nada, todo está previsto. El sistema ha sido empleado con cosas y animales, ya está informado sobre ello.

— Lo que no estoy seguro es de poder regresar.

— Regresarás —le dijo la comandante Carloxia. En sus ojos había un brillo distinto.

— Esperémoslo.

— Un momento, falta algo —dijo Alex.

— ¿Qué es lo que falta? —preguntó el profesor Ferreri.

— Si yo he de confiar en ustedes y me estoy jugando la vida, es lógico que ustedes también confíen en mí.

— Confiamos en usted —manifestó el general Koster.

— En ese caso, quítenme la argolla.

El general puntualizó:

— La argolla le será quitada cuando regrese de la misión.

— En ese caso, no sigo adelante.

— ¿Cómo? —exclamó el general Koster.

— Está claro, la misión termina aquí si no me quitan la argolla. No voy a ir al mundo del microcosmos como embajada de los terrícolas para contactar con una civilización desconocida llevando el cuello ceñido por la argolla de los condenados.

— Creo que tiene razón —intervino Carloxia—, Ofrecería una mala imagen a esos seres.

— Quedó claro que se le quitaría la argolla a su regreso — insistió

el general Koster.

— Entonces, vaya usted.

— ¿Cómo se atreve a replicarme de esa forma?

— Yo no soy ningún miliciano ahora, general, soy un hombre, un cosmonauta dispuesto a saltar hacia lo desconocido con muy escasas posibilidades de retomo. Estoy preparado para la lucha, hasta si es necesario para perder la vida, para comunicarme con esos desconocidos que ignoro cómo me van a recibir. Acepto el trabajo pero no la obediencia a ciegas.

— Usted no cumple su palabra —le acusó el general Koster.

— Ustedes me trajeron aquí sin consultarme y si no confían en mí es que son idiotas. ¿No ven esta armar

Montó el subfusil polivalente y encañonó a cuantos estaban sentados en las butacas, esperando la puesta en marcha de la misión en la cual un humano terrícola tenía que reducirse hasta el tamaño de una bacteria.

— ¿Va a matarnos? —preguntó el general Koster.

— Si quisiera, podría matarlos a todos y hacerme con la cosmonave.

—Creo que debemos aceptar la situación —concilió el profesor Ferreri—. Todo está dispuesto y crear problemas ahora sólo hará que retrasar el proyecto. Ignoramos s: los diminutos seres de la cosmonave capturada están corriendo peligro de muerte.

— Bien, pero que sea bajo la responsabilidad de todos — aceptó el general Koster, poniéndose en pie.

La comandante Carloxia levantó la tapa de una cajita que llevaba en un brazalete y aparecieron unos diminutos botones que pulsó formando una clave. Esperó y al fin dijo:

— Si todo está correcto, el collar saldrá.

Alex Brau se llevó la mano al cuello, hundió los dedos por el interior de la argolla y ésta cedió, abriéndose. El hombre la arrojó al suelo.

Su cuello estaba marcado, en la piel quedaba la huella de haberla

llevado durante tanto tiempo. Era la cicatriz de los que habían sido condenados a trabajos forzados.

— De modo que podías habérmelo quitado tú sola, ¿eh?

— No. El general Koster ha tenido que pulsar otro botón para que el computador envíe la teleseñal que ha abierto la argolla. Te deseo suerte, Alex.

— La verdad es que no me importa demasiado. No es un mundo agradable este que hemos creado.

— ¿Qué le sucede ahora? —gruñó el general Koster— ¿Quiere filosofar?

— Soy un hombre ante las puertas de la muerte, no tengo miedo y menos pensando que la confederación antes era una cosa y ahora otra muy distinta. Con las estructuras altamente jerarquizadas y con la obediencia como primer mandamiento, no merece la pena vivirla.

— Es usted un rebelde nato —se quejó el profesor Ferreri.

— Sí, un rebelde, un hombre que ansia vivir en libertad y al que no le gusta como está todo, por eso he pasado largo tiempo en el planeta de los condenados y ahora, para buscar la libertad, debo aceptar ser cobaya de Un extraño experimento.

Avanzó hasta la altura de la comandante Carloxia y se detuvo, mirándola a los ojos.

Estaba seguro de que ella podía volver a temblar, a deshacerse entre sus manos, entre sus labios, pero también sabía que aquello era un sentimiento físico- ni él la amaba a ella ni ella le amaba a él.

Para la comandante Carloxia, lo primero era su labor profesional como comandante espacial, no admitía la desobediencia. El había sido un caso extremo.

— No estoy contento de lo que es ahora nuestra civilización. Confío en que la evolución continúe y volvamos a humanizarnos, aunque dispersos por el espacio, para que el humanizarse cueste más. De todos modos, soy un humano terrícola y asumo lo que soy.

— No hable con pesimismo a esos seres con los que va a contactar —exigió más que pidió el general Koster.

— No se preocupen, haré lo que ha hecho siempre nuestra civilización: cantar nuestras excelencias y tragamos nuestras miserias. Nuestra altiva y soberbia civilización no vale tanto como se ha pregonado. No digo que sea mala, pero no vale lo que nos hemos creído. De todos modos seguiré la costumbre y les diré «Hola, amigos, vengo en son de paz», pero llevaré mi subfusil y cuando ellos lo vean me preguntarán «¿Por qué lo llevas, si vienes en son de paz?» Y yo les responderé: «Es una simple medida de protección, sólo de defensa ante lo desconocido, no temáis». Y como: se descuiden, los voy a incinerar.

— ¡No hará usted eso! —casi gritó el profesor Ferreri—, Usted no puede atacarles.

— Claro, no lo haré porque a usted le interesa tenerlos cautivos para poderlos estudiar mejor ¿Piensa que me creo que sólo desea contactar con ellos? Los ha atrapado y no piensa soltarlos. Lo que usted no desea es que se mueran, porque si mueren, pierde su tesoro. Me pide que pregunte a esos seres qué necesitan para que usted vea la forma de proporcionárselo, y yo me pregunto: ¿Es para ayudarles o para que sigan vivos y no se le mueran antes de poder mostrarlos en los medios científicos del planeta Tierra?

— |Lo que dice es una insolencia, una calumnia!

— Vamos, vamos, yo estoy frente a la muerte... ¿Por qué no quitarnos la careta? Aquí, cada cual va a la suya. Yo mismo no soy ningún altruista, tengo la posibilidad de liberarme de la pena que pesa sobre mí. No tengo ganas de regresar al planeta de castigo, no quiero que me vuelvan a poner la argolla alrededor del cuello para someterme y humillarme. Además, claro está, también tengo Ia oportunidad de vivir una experiencia excepcional. Seguro que si sale bien, ni nombre pasará a la historia de la humanidad, seré el primer humano terrícola que consiguió sumergirse en el mundo del microcosmos, un mundo en el que creíamos que sólo existían seres primarios, pero por lo visto no es así. En ese microcosmos existe un mundo inteligente y evolucionado. Ahora, después de decirles lo que pienso, creo que ya puedo meterme en la caja de cristal. ¿Cuál es para mí, profesor Ferreri?

Una de las campanas se abrió por uno de sus lados. Alex Brau asintió con la cabeza y se dirigió hacia ella. Antes de entrar, levantó su diestra y dijo:

— Suerte para todos.

— Suerte —musitó la comandante Carloxia.

Los demás permanecieron callados.

La puerta de cristal se cerró herméticamente.

Alex Brau ya estaba preparado, había recibido todo tipo de instrucciones. Se había estudiado concienzudamente todos los planes, nada tenía que fallar.

Sabía que a partir del momento de su reducción hasta el volumen y peso equivalente al de los seres desconocidos, tenía diez horas para regresar al interior de la campana.

A su regreso, la espita de cristal permanecería abierta durante diez segundos; era su oportunidad para pasar por el orificio de la misma y regresar a la campana.

Su reloj estaba puesto a la centésima de segundo con el reloj computador de a bordo, sabía exactamente cuándo tenía que cruzar la espita de cristal.

Si llegaba tarde, ésta se cerraría, comenzaría la reconversión y él no estaría. Sus átomos almacenados para recuperar su tamaño normal, se agitarían en el espacio sin conseguir su lugar y perdería su posibilidad de volver a sus dimensiones normales.

Alex Brau conocía el plan que tenía que llevar a cabo, minuto a minuto; tendría que apelar a todas sus posibilidades físicas.

El profesor Ferreri, ayudado por Silvana y dos ordenadores independientes, comenzó el proceso de miniaturizar a un ser humano con su equipo completo. Se habían miniaturiza-do objetos en otros lugares de la civilización terrícola, pero un hombre no, y aquélla era la gran oportunidad.

— ¿Listos, Brau?

— Adelante —dijo, seguro de que le escuchaban gracias a un micrófono.

Poco a poco, Alex Brau fue desapareciendo a la vista de todos en medio de un gas lechoso y luminoso tan luminoso que llegó un instante en que se hizo cegador,

Pasaron unos minutos.

Los indicadores fueron marcando los guarismos que el profesor-Ferreri deseaba.

Luces rojas, verdes, azules y amarillas se encendían y apagaban de forma intermitente. Los relés entraban en acción hasta que todo semejó calmarse y el gas lechoso y altamente lumínico dejó de ser cegador.

Fue haciéndose incoloro y transparente hasta que dentro de la gran caja de cristal ya no parecía haber nada.

— |Ha desaparecido! —exclamó Carloxia,

CAPITULO VI

De pronto, Alex Brau se sintió como ebrio, como si hubiera ingerido mucho alcohol. Se tambaleó, estaba mareado. Miró a su alrededor y lo vio todo blanco.

Se hallaba en medio de una especie de desierto de suelo completamente liso y pulido. Aspiró hondo y trató de recordar.

«Adelante, Alex, ya eres un microbio», se dijo.

Corrió por la superficie llana buscando la salida con los ojos, sólo había un orificio que conducía a un tubo de cristal en el que había una espita también de cristal que él no podría mover. Tenía que filtrarse por el agujero de la espita y pasar al otro lado de la misma.

Corrió, corrió, no veía nada salvo cristal por todas partes. Al fin, después de mucho correr, pues las distancias ahora parecían insalvables para sus minúsculas piernas, logró ver el orificio y corrió hacia él procurando no perder tiempo.

Sabía que el microscopio sólo le seguiría a partir del momento en que llegara a la caja de cristal en que se hallaba encerrada Ia extraña y diminuta cosmonave. Antes no le podían localizar, no le verían en absoluto.

Miró su reloj y se preguntó si habría sufrido algo en la miniaturización.

«Esperemos que no», se dijo.

Llegó hasta el orificio que para él, en aquellos instantes, era una entrada gigantesca.

Avanzó por él hasta que encontró la espita de cristal que estaba cerrada. El cristal esmerilado se hallaba apenas untado con grasa de siliconas para que el cristal no se pegara entre sí. Alex Brau volvió a mirar su reloj.

«¿Se habrá pasado mi oportunidad?»

No, todo iba bien, parecía que el profesor Ferreri había calculado hasta el mínimo detalle.

La espita comenzó a girar y un ruido que a Alex le pareció infernal se metió por sus oídos. Al poco, el ruido del grifo cesó y ante él quedó el agujero por el que tenía que pasar. Después, la espita se cerraría de nuevo.

Se acercó al agujero que no ocupaba todo el diámetro de! tubo de cristal si no una parte del mismo.

El orificio le quedaba alto, no había contado con aquel mínimo detalle, pero en aquellos instantes casi parecía insalvable para Alex Brau que no podía perder un segundo. Si la espita volvía a cerrarse, estaría perdido, el plan habría fracasado y él desaparecería para siempre.

En aquellos momentos lamentó no haberse llevado un auto monocohete que le permitiera desplazarse sin problemas, con él hubiera podido recorrer distancias volando.

Ahora se encontraba ante el primer problema grave: acceder al agujero de la espita que quedaba alto para él debido al tamaño a que le habían reducido.

Tocó la pared de cristal esmerilado y untado con grasa de silicona. Lo que al tacto de un humano terrícola podía parecer muy fino, para los dedos de Alex Brau, reducido al tamaño de un microbio, resultaba muy grabado. Las puntas de los cristales sobresalían, aristas limadas, pero no tanto como podía suponerse.

Comenzó a escalar agarrándose a las aristas de cristales sobresalientes, pero la grasa de silicona le hacía resbalar.

Las aptitudes físicas de Alex Brau, eran totales, más no sin esfuerzo consiguió llegar al agujero de la espita. Para él era una galería de

tamaño gigantesco.

Miró su reloj. La espita iba a ser cerrada y si así ocurría, él quedaría atrapado en el interior de la propia espita sin que nadie se percatara de ello.

Corrió por el interior de la espita.

Era una distancia de apenas un centímetro y medio, mas para él resultaba considerable, sólo se le podía ver mediante la utilización de un microscopio.

El cielo se oscureció como si sobre él hubiera cielo y un sol que le iluminase. Supuso que era la mano del profesor Ferreri acercándose a la espita para cerrarla.

Alex Brau ni siquiera podía ver la forma de la mano de un ser humano, era algo tan gigantesco para él, para sus ojos miniaturizados, que era imposible identificarla. Mas, aquella sombra que era como un rápido atardecer, no podía ser otra cosa que la mano que trataba de cerrar la espita.

Aceleró la carrera cuando ya el agujero se cerraba por un lado y apenas le quedaba abertura para escapar.

Se lanzó como dispuesto a batir el récord del triple salto y de esta forma abandonó el interior de la espita cayendo en el tubo de cristal que estaba al otro lado de la misma.

Rodó sobre sí mismo cuando la salida quedaba cerrada tras él.

Se sintió dolorido. Había caído desde una altura considerable y comenzó a moverse para comprobar que no se había roto ningún hueso.

Cargó con el subfusil y prosiguió su avance. El tubo le parecía muy largo. Habla mucha luz, el túnel brillaba, no había ningún problema para avanzar por él, pero a Alex Brau le pareció una larga marcha.

El extremo del tubo estaba conectado a la cajita de grueso cristal.

Llegaba el momento clave, el más difícil, el momento de encontrarse con los desconocidos.

Sólo si él realizaba un buen contacto, enviarían a otros terrícolas a aquel mundo microscópico.

Se preguntó cómo le recibirían; no tardaría en saberlo.

Abandonó el tubo y saltó a la caja que tema una tapa de cristal muy grueso. Fue entonces cuando descubrió la maravilla.

Habla visto la cosmonave en la pantalla, pero contemplarla al natural no era lo mismo. Recordaba haberla visto con los ojos, sin lentes de aumento, y le había parecido un pedacito de metal del tamaño de un grano de arroz.

Ahora la veía como una cosmonave de tamaño grande, una cosmonave de tecnología avanzada.

No había nadie alrededor de la misma y supuso que los tripulantes de aquella cosmonave que ahora le parecía gigantesca se esconderían dentro de la misma.

«Sólo faltaría que se hubiesen equivocado y me hubieran reducido en exceso y ahora les pareciera yo un liliputiense a esos desconocidos», se dijo.

Se enfrentaba a un profundo misterio del cosmos. ¿Cómo sería recibido?, ¿le aniquilarían?

Aquella cosmonave parecía bien pertrechada, podía poseer cañones de combate que los desintegrarían si le disparaban. Entonces se dio cuenta de su insignificancia frente a los desconocidos. Había ido solo, completamente solo, como embajador de la altiva y soberbia civilización terrícola.

Alex Brau levantó sus brazos y mostró las palmas de sus manos en señal de paz, de no beligerancia.

— ¡Amigos, vengo en son de paz, quiero hablar con vosotros!

A sus llamadas sólo obtuvo el silencio por respuesta.

Gritando con las manos en alto, como si se rindiera a los desconocidos, avanzó hacia la rampa que conducía a una puerta.

Por las grabaciones que le hablan pasado sabía que por aquella puerta entraban y salían los seres que tripulaban la cosmonave. Lo que Alex ignoraba era el comportamiento que iban a tener en cuanto le vieran. Incluso, él podía identificarles porque conocía sus rostros gracias a las grabaciones en video conseguidas mediante la intercalación de un microscopio de perfecta nitidez.

Llegó al pie de la rampa cuando comenzó a abrirse la puerta de la cosmonave.

«Ha llegado el momento de la verdad», —rezongó para sí.

Pensó que en aquellos instantes debían estar observándole por un microscopio apoyado por unas lentes accesorias que permitían que dicho microscopio estuviera situado a una distancia de un metro de la cajita de cristal, cuando en circunstancias ordinarias tendría que estar colocado a escasos milímetros.

Después, una telecámara adaptada al microscopio captaba las imágenes, las transformaba en impulsos electrónicos y las enviaba a una pantalla mural donde todo el equipo terrícola podía contemplar a Alex Brau y a la cosmonave a todo color y en tres dimensiones.

Resultaba difícil aceptar que aquel hombre al que veían en pantalla y que no era otro que el cosmonauta Alex Brau, un individuo de gran personalidad y rebeldía con el que hablan podido hablar un rato antes, ahora tenía el tamaño de una minúscula bacteria, sólo visible gracias al microscopio.

En la puerta aparecieron dos seres. Uno era hombre y el otro, mujer. Ambos parecían físicamente perfectos.

No sonreían. Miraban al recién llegado con curiosidad y en silencio, aunque ya debían haberlo observado desde el interior de la cosmonave.

— Amigos, vengo en son de paz. No sé si me comprendéis, soy vuestro amigo.

Despacio, Alex comenzó a avanzar por la rampa.

Los dos seres no decían absolutamente nada, ni siquiera hacían gestos con sus rostros o manos, seguían observándole.

El terrícola continuaba con las manos alzadas y las palmas abiertas, demostrando que no llevaba armas en ellas. Mantenía las manos apartadas de las armas, pues si poseían aquella cosmonave quería decir que su tecnología era avanzada y debían saber perfectamente lo que era un arma.

Al llegar a la mitad de la rampa, cuando parecía que iba a llegar hasta ellos sin problemas, Alex Brau se detuvo, se quedó tan quieto como una estatua.

Quiso seguir avanzando y sus pies se negaron a obedecerle; intentó mover las manos y tuvo la impresión de que habían dejado de ser suyas puesto que no le obedecían. Lo habían bloqueado, no cabía duda, pero ¿cómo?

«¿Por qué dices que llegas en son de paz si vienes armado?»

Alex acababa de escuchar aquellas palabras con nitidez, sin ningún acento extraño, aunque no estaba seguro de si eran realmente palabras que habían llegado a sus oídos o directamente a su cerebro, atravesando la piel y el cráneo.

«Vengo con armas porque es norma entre los míos llevarlas por si tenemos que defendernos de algún ataque.»

«Nosotros no te hemos atacado —dijo la voz femenina, una voz que ya estaba seguro de no oír. Era un diálogo telepático que sostenía con la mujer, lo supo al cruzar su mirada con la de ella.»

«Yo tampoco os he atacado».

«¿Quién eres?»

«Soy Alex Brau, embajador de mi civilización. Somos los humanos terrícolas del sistema estrella Sol.»

«¿Dónde están los demás?», preguntó ella.

«Al otro lado del cristal.»

«¿Cristal?», repitió la mujer.

«Sí, de la cúpula que nos cubre.»

«Es una cúpula dura que nos impide salir. ¿Tú qué sabes sobre ella?»

«Lo suficiente —respondió Alex—. Pero vosotros, ¿quiénes sois?»

«Procedemos de la civilización Vector.»

«¿Vector? ¿Dónde está esa civilización?»

«El planeta Vector es el cuarto planeta de la estrella Voll.» «Ignoro cuál es esa estrella; debemos denominarlas de distinta forma.»

«¿Por dónde has venido, con qué vehículo?»

«He venido andando, por un tubo que hay al fondo de esta caja.»

«¿Caja?»

Alex comprendió que aquellos hijos de la civilización Vector ignoraban que estaban capturados en el interior de una caja de cristal, una caja que pertenecía a una civilización extraña para ellos, una civilización que incluso podía ser menos avanzada, pero el tamaño de sus seres era infinitamente mayor que el de los hijos de Vector.

«¿Dónde dices que están tus hermanos?» —preguntó la mujer.

Alex Brau la contemplaba extasiado, aquella mujer desconocida le parecía sencillamente maravillosa.

Sus líneas podían calificarse de perfectas, no tenía exageración en nada. Todo en ella guardaba una delicada proporción, inspiraba tranquilidad y también una sensualidad tan cautivadora como atrayente. Sus cabellos eran largos, de un color oro rojizo.

Sus ojos grandes y hermosos, de color miel, semejaban destilar dulzura. Aquella mujer se parecía poco a la comandante Carloxia en cuanto a carácter, la comandante Carloxia que tanto había querido resistir al goce del placer sexual y luego había resultado apasionadísima,, ávida e insaciable. Sin embargo, su fuerza cerebral era tan fuerte que luego se imponía a las pasiones de su cuerpo para continuar siendo la dura, altiva, soberbia y autoritaria comandante.

«Al otro lado de esa bóveda impenetrable están mis hermanos de civilización», les dijo sin poder mover aún sus piernas y brazos.

«¿Cómo te llamas?»

«Alex, ya os he dicho que soy terrícola.»

«Alex, entrarás en nuestra cosmonave, pero habrás de dejar tus armas.»

«Como queráis, pero las he de dejar en lugar seguro para no perderlas.»

«Síguenos.»

Los dos hijos de la civilización Vector volvieron a entrar en la cosmonave. Alex pudo mover ya sus piernas y manos, había quedado desbloqueado.

Les siguió y al entrar en la cosmonave, el varón de aquella civilización extendió sus manos. Alex comprendió que debía entregar sus armas, lo que parecía lógico, ya que era un extraño.

Puso en las manos de aquel desconocido el subfusil! y la pistola, pero también le pidieron el cuchillo, señalándoselo. Alex asintió con la cabeza y lo entregó; aquel ser lo dejó todo sobre una plataforma.

Por un corredor escasamente iluminado, llegaron a una estancia que dejó boquiabierto a Alex.

Había allí una sala muy grande y en medio de ella, una piscina circular que contenía aguas verde amarillentas que despedían una gran luminosidad.

Dentro del agua no sólo había plantas con flores semejantes a nenúfares y que abrían sus pétalos de múltiples colores con sépalos verdinegros, allí también había seres de Vector bañándose, varones y mujeres.

Reían, oía sus carcajadas limpias, sonreían al mirarle. No usaban ropas de clase alguna.

En los bordes de aquella piscina crecía una hierba que se parecía a un finísimo césped. Alex no pudo evitar acercarse a la hierba y pellizcarla para asegurarse de que no era sintética. Puso en sus manos unas briznas de hierba y las frotó, no le cupo duda alguna de que era hierba natura!.

Miró hacia el techo y vio focos de luz que supuso eran focos de rayos infrarrojos y ultravioleta para que aquellas plantas pudieran vivir, llevándose a cabo la labor de fotosíntesis.

Allí abundaban las plantas y aquellos seres se veían muy poco preocupados por la presencia de Alex que por la indumentaria que llevaba parecía el «guerrero», un guerrero espacial frente a quienes vivían inmersos en el placer.

«Veo que no os falta agua ni comida.»

«No, no nos falta alimento, bebida ni aire, sólo falta libertad. La gran bóveda se ha cerrado sobre nosotros y no podemos escapar.»

«Supongo que en algún momento podréis escapar. ¿A dónde iréis entonces?»

«A Vector.»

«¿Cómo es el planeta Vector?»

«Es un planeta hermoso.»

«¿Por qué habéis salido de vuestro planeta, si es tan hermoso?»

«Hace mucho tiempo que viajamos entre las estrellas Buscamos mundos nuevos, minerales que nos son necesarios, buscamos lo bello en el cosmos.»

«¿Y no habéis encontrado nada extraño?»

«¿Extraño?», repitió la mujer.

«Sí, seres gigantes, animales.»

«Sabemos que existen mundos gigantescos por encima de nosotros, seres superiores, pero ese mundo no nos afecta.»

«Debería afectaros.»

«¿Por qué?»

«Puede ser peligroso para vosotros.»

«¿En qué forma?»

Alex comprendió que pese a su tecnología y su telepatía, no llegaban a captar a los seres físicamente superiores.

«Esos seres gigantes os pueden aplastar.»

«Existe una posibilidad tan pequeña de que eso ocurra que es despreciable. Hemos obtenido imagen de cosmonaves tan grandes que a nosotros nos parecen planetas, pero esas cosmonaves siguen su rumbo y desaparecen. Sabemos que existen, pero no nos preocupan. Son seres que pertenecen al gigantismo del macrocosmos y no interfieren con nosotros.»

Alex se preguntó si aquella hija de Vector podría leer en su mente hasta el punto de descubrir que él era uno de esos seres gigantescos, y mucho más si ¡legaba a enterarse de que estaban capturados.

«De todos modos, creo que debéis contar con ellos.»

«¿Para qué? Nada de lo que nosotros tenemos puede interesar a los seres que habitan en las gigantescas cosmonaves que hemos conseguido filmar. No somos nada para ellos y a la inversa tampoco vamos a lograr nada de ellos, vivimos distintas vidas.»

«¿Y la curiosidad?»

«¿Curiosidad?»

«Sí. Esos seres que no conocéis, a los que ni siquiera habéis visto físicamente porque no os habéis colocado a las distancias adecuadas, pueden sentir curiosidad por vosotros y esa curiosidad puede convertir en víctima al objeto de la misma.»

Miró hacia aquella piscina lago y observó a los jóvenes de ambos sexos que jugueteaban alegremente, sin inhibiciones,

«¿Siempre vivís, así?»

«Sí. ¿La civilización terrícola vive de otra forma?»

Alex Brau sonrió y dijo:

«Así nos gustarla vivir, pero nos hemos tecnificado tanto que ya somos fríos y asépticos.»

«Sígueme.»

Alex fue en pos de la mujer; el varón se quedó en aquel recinto maravilloso y de agradable temperatura, donde todo era natural bajo una luz y una atmósfera artificiales.

CAPITULO VII

A Alex Brau le maravillaba que las paredes fueran limpias, no se veían tuberías ni cables.

Las paredes del corredor eran transparentes, de cristal o algo similar, y al otro lado de las mismas, un mundo subacuático, peces de bellos colores, rojos, anaranjados, amarillos verdes, nadaban de un lado a otro en medio de plantas hermosísimas.

«¿Siempre lleváis estos peces con vosotros?»

La mujer de Vector respondió:

«Sí, los peces son nuestros hermanos, nos agrada tenerlos cerca y poderlos contemplar. ¿Vosotros no tenéis en vuestras cosmonaves?»

Alex quedó pensativo un instante y respondió mentalmente, aunque sin darse cuenta articulaba las palabras.

«Nosotros lo tenemos todo envasado.»

«¿Envasado?»

«Sí, en cintas de grabación. Cuando queremos verlo, pasamos una grabación por las pantallas murales.»

«Bueno, nosotros también pasamos imágenes de lo que no podemos llevar en la cosmonave.»

Llegaron a una sala donde flotaba una especie de niebla, Alex no estaba seguro de ello, olía como a resinas aromáticas. Al fondo había un pequeño ábside y la mujer invitó a Alex a sentarse sobre unos mullidos almohadones.

«¿Qué hay aquí?» preguntó.

«Hablarás con nuestro padre.»

«¿Vuestro padre?»

«Si —sonrió — , lo que en vuestra civilización podríais llamar jefe. No es que nos haya engendrado él, pero es nuestro padre, quien nos guía.»

Tener la posibilidad de intercambiar impresiones con el jefe de aquellos desconocidos pareció magnífico a Alex Brau, que se sentó en el almohadón y la muchacha lo hizo a su lado.

El ábside se iluminó, era como una cortina de luz que quien la contemplaba sabía si era real o no.

Poco a poco se fue formando la imagen de un anciano de largos cabellos níveos. Su rostro era todo serenidad y paz. Juntó sus manos delante de la boca y a modo de saludo lanzó unos suspiros hacia la pareja.

«Me llamo Alex Brau. Pertenezco a la civilización del planeta Tierra, estoy con vosotros como embajador de amistad.»

«Yo soy Awak.»

«Y yo, Ona», dijo la muchacha. Las palabras llegaban directamente al cerebro del terrícola.

«Observo que vivís muy bien.»

«Vivimos como solemos hacerlo siempre, Alex —le dijo Awak—, Ahora estamos esperando el momento adecuado para alejarnos de este lugar inhóspito y estéril.»

Alex se preguntó a sí mismo cuál sería el momento adecuado para contarles la verdad, explicarles que eran prisioneros de los terrícolas, quienes los estaban haciendo objeto de su curiosidad.

Alex se sintió como relajado, el patriarca de aquella comunidad irradiaba paz, tranquilidad.

Alex ignoraba hasta qué punto aquellos desconocidos podían leer en su mente. En realidad, no eran los terrícolas quienes corrían peligro si no ellos que estaban prisioneros, claro que la vida de Alex Brau también estaba en peligro.

«¿Adonde os dirigís?», preguntó.

«Nuestra misión es explorar los mundos desconocidos», respondió el patriarca de los hijos de la civilización Vector.

«¿Qué buscáis, en realidad?»

«Nada importante, algunos metales que nos son necesarios, belleza, contactar con otros seres inteligentes como vosotros los hijos de la Tierra. ¿No es de la Tierra de donde procedes?»

«Sí.»

«¿A qué velocidad os reproducís?»

«Mantenemos el nacimiento cero, por cada humano terrícola que desaparece nace otro. Mantenemos la constante cero desde hace tiempo, así logramos el equilibrio. Hace ya más de un milenio sufrimos el problema del exceso de natalidad que casi nos condujo a la desaparición de nuestra civilización.»

«¿Y eso se logra por imposición a las parejas?», preguntó el padre Awak con su voz lenta y profunda, por lo menos así llegaba a la mente de Alex Brau.

«Hace muchos siglos que desapareció el concepto de pareja permanente. Lo mantuvimos durante milenios, aunque hubo eras en nuestra civilización en que un hombre podía tener varias hembras para sí, dos, cuatro, diez, cuarenta, según fueran sus riquezas. Cuando la mujer alcanzó su total igualdad, se rompió el sentido de la pareja y poco a poco fue desapareciendo.»

Ona se volvió hacia Alex; no movía los labios como hacía él para responder, pero sus grandes y expresivos ojos preguntaban.

«¿No conocéis el amor?»

«Sí, á lo conocemos y lo disfrutamos, pero como un placer más de nuestros sentidos. La reproducción de la especie ya nada tiene que ver con el goce, con el amor. Las mujeres, elegidas entre las voluntarias, acuden a los centros de maternidad donde se les inocula el esperma adecuado y que ha sido escogido según la programación de las computadoras y así se tienen los hijos. Las demás mujeres pueden gozar de su sexualidad pero no tener hijos y los hombres que comparten con ella los momentos de placer saben también que 110 van a tener descendencia.»

«Eso no es hermoso, Alex, no lo es.»

«Lo sé —admitió el terrícola—. Y vosotros, ¿cómo lo hacéis?.»

«Cada una de nuestras mujeres puede tener hasta dos hijos y es ella quien escoge libremente si quiere uno, dos o ninguno. Nuestra ciencia ha eludido bucear dentro de la ingeniería genética de los seres humanos inteligentes. Buscamos la vida sana, la paz para nuestros cuerpos y espíritus. Rechazamos la guerra y nos amamos los unos a los otros. No somos posesivos, no queremos conquistar nada. Todo es de todos y nadie, porque sea más listo o más astuto, tiene derecho a poseer más que sus compañeros.»

«Eso es muy fácil de decir, pero la realidad...»

«La realidad en Vector es como te estoy diciendo.»

«¿De verdad no hay guerras?»

«No, no las hay, las hubo pero hace tanto tiempo de ello que han pasado al olvido de nuestra memoria.»

«Entonces, ¿por qué lleváis armas?»

«¿Armas? No, Alex, nosotros no llevamos armas.»

«¿Qué no lleváis armas?», repitió, incrédulo.

Fue Ona quien replicó:

«Si lleváramos armas habríamos fundido la bóveda que tenemos encima y habríamos escapado.»

«Es cierto. ¿A qué esperáis, entonces?»

«A que la bóveda se abra o aparezca alguna abertura por la que poder escapar de esta trampa en la que hemos caído.»

«¿Es que sois tontos? Si no escapáis por las buenas, nadie os va a dejar hacerlo.»

«¿Quieres decir que somos prisioneros?», preguntó Ona.

Alex se contuvo, su réplica era muy sencilla, pero todavía no se fiaba de sus anfitriones.

«Estamos siendo objeto de la curiosidad de los hijos de la civilización terrícola, pero cuando nos hayan observado nos soltarán, ¿verdad?», inquirió el patriarca Awak.

Alex Brau se preguntó si habría pasado por la mente del profesor Ferreri, del general Koster o de la comandante Carloxia la idea de dejarles marchar.

Ellos investigarían y a medida que consiguieran datos sobre los minúsculos seres inteligentes, irían exigiendo más y más datos nunca se darían por satisfechos. Alex Brau lo sabía bien porque él era un hijo de los humanos terrícolas.

«No puedo creer que estéis desarmados.»

«¿Por qué no lo crees, terrícola?», preguntó el patriarca Awak.

«Porque nosotros siempre hemos llevado armas, aunque sólo sean defensivas.»

«¿Quiere eso decir que tus hermanos, los que están al otro lado de la bóveda de cristal, están armados?»

Alex Brau respiró hondo antes de responder; al fin lo hizo y con la verdad.

«Sí.»

«¿Para qué queréis vosotros las armas?»

«Para defendemos si somos atacados.»

«¿Y quién os ha atacado?»

«Hemos tenido muchas guerras.»

«Sois belicosos, ¿verdad?»

«Sí, y me cuesta creer que vosotros no tengáis armas.»

«Ona te llevará por toda nuestra cosmonave para que sean tus propios ojos los que confirmen nuestras palabras.»

Alex Brau vio desaparecer poco a poco a Awak.

Las luces se debilitaron y cuando se dio cuenta, estaba a solas con Ona, que le inundaba con el brillo de sus ojos.

«Alex, sígueme.»

CAPITULO VIII

Ona le fue paseando de una estancia a otra de la cosmonave. Todo era como jardines de invernadero, plantas, flores, acuarios.

«¿Dónde diablos está la maquinaria para alimentar todo esto?», exclamó Alex Brau desconcertado. Todas las paredes eran lisas y no veía tuberías, cables ni nada que se le pareciera. Todo era hermoso y relajante, invitaba a vivir felizmente.

Ona le cogió de la mano y, le pidió que la siguiera.

«¿Tanto te preocupa la maquinaria?»

«La verdad, sí.»

«Ven.»

Le hizo subir a una plataforma que les descendió a la panza de la cosmonave. Allí, Alex Brau descubrió la maquinaria, pero había

mucha menos de la que suponía.

«¿Sólo esto?»

«¿Qué esperabas encontrar? Aquí está el núcleo energético que abastece a toda la cosmonave, ya sabes, luz, limpieza de atmósfera, etcétera.»

«¿Y los motores?»

«¿Qué motores?»

«Los que han de impulsar la cosmonave. No me dirás que bajáis y la empujáis para que se mueva.»

En principio, Ona quedó perpleja y después se echó a reír. Por primera vez, Alex Brau oyó los sonidos que salían por la boca de la muchacha de la civilización Vector, ya que hasta aquel momento sólo había captado los mensajes de su mente.

«¿Qué más quieres ver, Alex?»

«Armas, cañones, defensas.»

«No tenemos, Alex; ya te lo hemos dicho.»

«No puedo creerlo.»

«Como tampoco crees que esta cosmonave carece de motores.»

«Sí, tampoco puedo creerlo.»

«Entonces, ¿piensas que mentimos?»

«Bueno, yo no he dicho tanto.»

«Eres libre de ir por donde quieras, Alex, por donde quieras.»

Ona comenzó a alejarse de él. Alex trató de seguirla, pero se dio cuenta de que acababa de ser bloqueado de nuevo. Quiso avanzar y sus piernas no le obedecieron. Llamó a voces a Ona que desaparecía por el corredor y nadie le respondió.

Pasó apenas un minuto y volvió a sentir que sus piernas obedecían. Pudo moverse con completa libertad, pero Ona ya se había esfumado.

Quedó pensativo.

Volvió a observar la maquinaria que allí había y que no era más que la maquinaria que podía tener un edificio o colonia fija para su mantenimiento. Todo aquello nada tenía que ver con la poderosa maquinaria que forzosamente debía poseer una cosmonave y aunque fuera pequeña, insignificante, todo allí guardaba una proporción y los motores también debían mantenerla.

Solo, sin que nadie pareciera vigilarle, Alex deambuló por corredores y dependencias sin hallar nada extraño, es decir, nada que tuviera que ver con maquinaria sofisticada ni motores de propulsión.

Se encontró con la puerta por la que él había entrado.

Poco a poco, se asomó al exterior y avanzó por la rampa. Miró hacia lo alto, sobre ellos estaba la bóveda de duro cristal, impenetrable para la diminuta cosmonave.

Supuso que le estarían observando y alzó la mano en ademán de saludo, como dando a entender que todo funcionaba bien. Sacó la hoja de plástico de color blanco y escribió en ella con el rotulador. Después, mostró lo que acababa de escribir.

* * *

El profesor Ferreri exclamó:

— ¡Es un éxito!

— No tan aprisa, él no ha regresado aún —objetó la comandante Carloxia.

— Lo importante es que haya logrado contactar con ellos, ya han leído su mensaje.

El general Koster gruñó:

— Creo que ha sido un error enviarle tan pronto.

Carloxia preguntó:

— ¿Por qué?

— No tenemos forma de comunicarnos con él, no le llegan nuestros

mensajes.

— Nuestras bandas de comunicación son demasiado grandes para que el rayo telecomunicativo pueda ser captado por un receptor minúsculo. De momento —prosiguió el profesor Ferreri— sabemos que se encuentra bien, que ha contactado con los seres de la civilización que él llama Vector y que, por lo visto, no son belicosos.

— Aunque lo fueran no tendría importancia —opinó despreciativo el general Koster—, Podríamos deshacernos de ellos aplastándolos con el canto de una uña.

— Na nos han hecho nada, no tenemos por qué destruirlos — intervino la comandante.

— Nunca se sabe —gruñó el general—, ¿Conocemos acaso su poder de reproducción? Lo que sí sabemos es que una bacteria se multiplica a gran velocidad. Pueden ser un enemigo mortal para nuestros cuerpos cuando se han introducido en ellos y convertirse luego en una epidemia.

— No son bacterias —replicó el profesor Ferreri—, Son seres humanos inteligentes como nosotros.

— Siendo tan microscópicos, no pueden ser inteligentes como nosotros —gruñó el general Koster.

El profesor Ferreri volvió a replicarle.

— La inteligencia no está en razón al tamaño del cerebro si no a la proporcionalidad con respecto al cuerpo y al funcionamiento del mismo. Hace más de un milenio que sabemos que nosotros no empleamos la totalidad de nuestro cerebro, si no una parte de él, podría ocurrir que esos diminutos seres sí emplearan todo su cerebro. Habríamos de pensar, además, que sus neuronas pueden ser infinitamente más pequeñas que las nuestras, pero no por ello menos eficaces.

— Está bien, está bien, son inteligentes, pero en todo momento deben estar controlados. En cuanto a usted, asegúrese de que Alex Brau pueda regresar y miniaturizaremos una patrulla completa.

La comandante Carloxia, preocupada, objetó:

— Lo dice como si fuéramos a atacarles.

— No exactamente, pero debemos prevenirnos contra su posible ataque.

— No tema, general Koster, ellos no escaparán de su encierro, es imposible. Cuando Alex Brau regrese nos contará todo lo que ha visto; será muy importante.

Carloxia inquirió:

— ¿Cuándo enviará a alguien más en apoyo de Alex Brau?

— Me asombra usted, no puedo arriesgar la vida de nadie aunque se me ofrezcan voluntarios. El regreso al tamaño normal todavía es una incógnita.

— Entonces, ¿por qué ha enviado a Alex Brau? —insistió la comandante.

— Porque él es un condenado y si desaparece no se pierde gran cosa, eso ya lo sabíamos todos. Lo que importa es conocer a esos diminutos seres y averiguar sus posibilidades de reproducción y el lugar de donde proceden, será una magnífica experiencia. En el laboratorio se está trabajando para conseguir la comunicación completa entre Alex Brau y nosotros. Ahora, él nos envía mensajes escritos, podemos leerlos gracias al microscopio.

— Lástima que él no posea un telescopio para vernos a nosotros —gruñó el general Koster.

— Alex Brau es un hombre muy especial, muy osado, es cínico y temerario. Estoy segura de que conseguirá arrancar los secretos de los Vector. De todos modos, para mí esto tan sólo constituye un logro científico, puesto que de esos seres, no vamos a sacar nada interesante.

— Quién sabe, comandante Carloxia, quién sabe —objetó el profesor Ferreri—. Puede que en cosmonáutica estén mucho más avanzados que nosotros.

El general Koster rebatió:

— Eso es imposible.

— No se fíen por la insignificancia de su cosmonave, su tamaño debe guardar proporción con el tamaño de esos se res. Si esa cosmonave tuviera las dimensiones de una de las nuestras, quizá fuera

terriblemente superior.

CAPITULO IX

Alex Brau había ya recorrido por completo (o cuando menos así se lo parecía a él) la cosmonave de Vector.

Cuando llegó a lo más alto, se encontró con una estancia que era totalmente transparente, techo y paredes, pero allí no había mandos, controles, luces piloto ni nada que se le pareciera. Era sólo techo, paredes y unas butacas excepcionalmente cómodas y con bases giratorias, butacas pesadas pero que podían desplazarse con facilidad sobre un suelo que resbalaba.

Se dejó caer en una de las butacas, encajándose en ella y miró hacia lo alto. Sólo vio luminosidad y un cielo opaco que él sabía se debía a la tapadera de grueso cristal que tenía la cajita en que se hallaban encerrados.

«¿Qué te ha parecido?»

Giró sin abandonar la butaca de alto respaldo y cabecera. En otra butaca, frente a él, descubrió a la joven y hermosa hija de la civilización Vector.

«Ona, ¿dónde estabas? No te he visto.»

«Conversando con el padre Awak.»

«¿Tenéis recintos secretos en esta cosmonave?»

«Yo diría que no», respondió ella.

«Pues no termino de creerlo.»

«¿Por qué?»

«Esta cosmonave parece falsa, como de cartón piedra. No puede surcar los espacios siderales.»

«¿Por qué?»

«No posee motores de propulsión ni grandes depósitos o cartuchos

de energía. No tenéis mandos ni computadoras de control total. Carecéis de radares, de telecámaras, ni siquiera tenéis visores de ampliación o un pequeño telescopio.»

«Según tus apreciaciones, carecemos de todo.»

«Bueno, esto es como un gran hotel, un magnífico hotel donde todo parece felicidad, un edén, un paraíso de plantas, flores, peces y agua, un sitio estupendo para el ocio pero nada más.»

«Te equivocas, Alex. Con esta cosmonave nosotros abandonamos nuestro planeta y nos lanzamos al espacio para surcarlo.»

«Lo siento, Ona, no puedo creerlo, es imposible.»

«Estás equivocado», insistió la mujer.

«No puede haber cosmonave sin motores de propulsión, sin núcleos energéticos.»

«Es evidente que la civilización del planeta Tierra y la nuestra de Vector han evolucionado por caminos distintos. Vuestra civilización es materialista, la nuestra es una civilización mental.»

«¿Mental?»

«Sí, nosotros nos movemos con nuestra fuerza mental.»

«¿Telecinesia?»

«Algo así.»

«¿Levitación?»

«Sí, también.»

«No puedo creerlo.»

«Eres un incrédulo respecto a lo que tú no puedes hacer.»

«Se ha hablado mucho de la levitación, pero nada se ha conseguido hasta inventar la antigravedad controlada. Bueno, se hicieron algunas cosas como volar y desplazarse dentro de una atmósfera. El paso importante se dio cuando se controló la antigravedad.»

«Nosotros la controlamos con nuestra mente.»

«Pues yo os veo caminar.»

«Es que levitar, desplazarse, requiere un esfuerzo psíquico que no debemos producir más que en las ocasiones que sean necesarias. ¿No te das cuenta de que tú y yo nos comunicamos por Ía mente?»

«Eso es cierto y soy consciente de que es gracias a ti.»

«Hemos bloqueado tu cuerpo con una simple orden mental.»

Alex Brau recordó las dos ocasiones en que quedara bloqueado, nada más llegar a la cosmonave y luego, cuando había tratado de seguir a Ona.

«Esto también es cierto, pero viene a ser como una hipnosis.»

«Es un poder mental.»

«No me digas que cada uno de vosotros puede bloquear nerviosa y muscularmente a otros.»

«Puede hacerse, pero el que recibe el bloqueo ha de replicar con una defensa.»

«Lo que quiere decir que sólo podéis bloquear a quienes carecemos de esa fuerza mental que vosotros sí tenéis.»

«Yo creo que tú también tienes ese poder mental, lo que ocurre es que no sabes emplearlo. Si estuvieras preparado, ofrecerlas una resistencia a la energía mental que tratase de dominarte. El padre Awak podría enseñarte a utilizar tu energía mental; si hicieras eso, prescindirías mucho del materialismo y de la tecnología con que pareces envolverte por no saber usar tu cerebro.»

«Todo eso son palabras.»

«Son hechos, Alex, hechos.»

Ona comenzó a levitar, elevándose por encima de las butacas sin nada que la sostuviera. Alex parpadeó incrédulo y ella continuó elevándose hasta tocar el techo transparente de aquella sala que estaba en la parte más alta de la cosmonave. Descendió, giró en tomo a Alex como si fuera una nube juguetona y acabó acomodándose de nuevo en la butaca.

Alex Brau sacudió la cabeza, incrédulo, y dijo:

«¿No me has hipnotizado para que vea lo que no es?»

«No, Alex, es cierto. Ahora estoy un poco fatigada; no creas que conseguimos a cada instante lo que tú consideras imposible. Para levitar, para elevarnos, hemos de hacer un esfuerzo mental y luego hay que descansar.»

«¿Intentas que me crea que movéis la cosmonave con vuestro esfuerzo mental?»

«Así es, Alex, ése es nuestro motor. Nuestra energía está dentro de nuestras cabezas.»

«No puedo creerlo, es imposible, imposible», —repitió, poniéndose en pie y dando unos pasos en círculo.

«¿Por qué te niegas a creer?»

«Es que me parece imposible. Y los controles, ¿cómo os telecomunicáis?»

«Con nuestras mentes.»

«Sí, eso ya lo sé, pero ¿y para observar el exterior, las estrellas, los planetas, los meteoritos? Carecéis de radares, de telecámaras, de sensores.»

«Nuestras mentes realizan ese trabajo. Cuando la cosmonave navega, actuamos unidos formando un todo sólido. Desde estas butacas observamos el cielo y dirigimos nuestra cosmonave. Nuestras mentes captan la proximidad de los astros que no vemos, de los meteoritos.»

«¿Y los cálculos, las coordenadas, los cómputos de velocidades?»

«Todo lo hacemos con nuestras mentes.»

«Ya comprendo por qué no nos habéis llegado a ver.»

«Ahora soy yo la que no te entiende.»

«Quizá te lo explique. —Miró su reloj—. El tiempo pasa, mis hermanos me esperan al otro lado de la bóveda impenetrable.»

«¿Cómo conseguirás salir?»

«Existe un plan para que yo salga de esta trampa en la que estáis

metidos, cosmonave incluida, y de la que no podéis salir con vuestros poderes mentales.»

«¿Te crees superior a nosotros?»

«Respecto a poderes mentales sois superiores a nosotros, pero...»

«¿Qué?»

«Yo pertenezco a una civilización donde los seres humanos somos físicamente más grandes que vosotros.»

«Tú no eres mayor que nosotros.»

«Eso ya lo explicaré en otro momento. Dime, Ona, ¿qué os proponéis?»

«¿Nosotros?»

«Sí, vosotros.»

«Nada, sólo vivir en armonía con nosotros mismos, con los mundos que nos rodean formando parte del cosmos al que pertenecemos.»

«Pero ¿qué mundos queréis conquistar?»

«¿Conquistar?»

«Sí, conquistar.»

«Ninguno, nosotros no conquistamos nada. Conquistar es apoderarse de algo que no nos pertenece. Nosotros sólo tomamos minerales o metales puros de los planetas y de los astros que no tienen vida propia, me refiero a vida animal. Además, tomamos cantidades tan pequeñas que jamás llegamos a consumir nada.»

«Lo comprendo, con el tamaño que tenéis no podéis consumir mucho, la verdad es que no constituís ningún peligro.»

«¿Acaso habías pensado que podíamos ser un peligro?»

«Los terrícolas somos visceralmente recelosos, no nos fiamos de nada y disparamos nuestras armas antes de hablar. Algunos dicen que no, que primero dialogan, pero no es cierto; si dialogan es que se saben encañonados por otras armas que les son adversas.»

«No te comprendo, Alex. Hablas de una forma que todo en ti

irradia agresividad y nosotros no te hemos hecho ningún mal. No somos portadores de armas. Si vemos posibilidades de agresión preferimos alejarnos y no es por cobardía, es que rechazamos la guerra, las armas, sabemos que otras civilizaciones las poseen.»

«Si sois atacados, tendréis que defenderos y para defenderos os harán falta armas.»

«Tenemos el poder de nuestras mentes que es más fuerte de lo que tú supones.»

«Vuestra fuerza mental —casi suspiró Alex Brau—. Me cuesta entenderos, sí, me cuesta mucho. Te he visto levitar, pero a pesar de ello, no logro aceptar que todo sea como dices. Vuestros cuerpos, vuestros cerebros, son proporcionales al volumen y al peso de vuestra cosmonave, pero a mí me bastaría un soplido para haceros volar.»

«¿Un soplido? ¿Tan poderoso te crees?»

«Cuando te cuente todo aquello que no has podido leer en mi mente lo comprenderás. Nosotros los terrícolas lo ignorábamos todo sobre la civilización Vector, pero vosotros también lo desconocéis todo sobre nosotros los terrícolas.»

«Pero podemos ser amigos, ¿verdad?»

«Si te hablan nuestros diplomáticos, nuestros dirigentes, te dirán que sí, que podemos ser amigos, pero desgraciadamente la amistad sólo dura el tiempo que tardamos en observar, hasta darnos cuenta de por donde os podemos atacar para someteros, para apoderarnos de vuestras riquezas.»

«No es posible que sea verdad todo lo que dices, Alex, no es posible.»

«Al principio no lo parece y las primeras intenciones nunca lo son; más el tiempo pasa y el humano terrícola deja escapar sus verdaderos instintos de depredador y terminamos por someter y hacer desaparecer lo que consideramos inferior. En nuestro planeta, las minorías que no supieron armarse y luchar, las que no se dejaron esclavizar, fueron aplastadas hasta genocidarlas, hasta hacerlas desaparecer. La amistad de los pueblos siempre ha sido una mentira. Quizás todos no seamos tan depredadores como te estoy contando, quizás hay muchos que luchan por la libertad de todos, por la igualdad, por tender la mano a los débiles, pero es mejor que estéis prevenidos. —Volvió a consultar su reloj—. Me quedan unas horas y

es importante que vuelva a hablar con Awak.»

«¿Estás tratando de decirme que quieres salvarnos de tus hermanos?»

«Sí.»

«¿Por qué?»

«Porque no quiero que os ocurra nada. Vosotros vivís una felicidad que nosotros estamos lejos de alcanzar. ¿Qué ocurre cuando uno de vosotros se rebela?»

«¿Rebelar?»

«Sí, que desobedece.»

«Nadie está obligado a hacer nada. Cuando unimos nuestras fuerzas es porque todos sabemos que son necesarias para todos.»

«Definitivamente vivís un mundo distinto al nuestro. Por cierto, ¿cómo os aparejáis?»

«¿Te refieres a como nos amamos por parejas?»

«Sí.»

Ona se levantó de su butaca. Se acercó a Alex Brau y le fue besando el rostro. Después, le cogió de una mano.

«Sígueme», le pidió.

CAPITULO X

Se deslizó por las aguas luminosas verdes amarillas donde flotaban los nenúfares.

Ona aparecía y desaparecía bajo las aguas, reía, su bello rostro emergía entre las flores. Nadie parecía preocuparse de nadie, la hierba estaba húmeda y agradable,

Alex Brau no recordaba haberse tendido en una hierba como aquélla desde hacía mucho tiempo. Todo era tan distinto en el mundo

de los seres Vector...

Ona le estuvo besando mientras él permanecía tendido sobre la hierba.

«¿Qué piensas, Alex?»

«Que en mi mundo todo es trabajo, rendimiento.»

«No creas que sólo tenemos lo que ves, tenemos más, mucho más.»

«Sí, supongo que sí.»

Tendió los brazos y la abrazó por enésima vez, descansando el cuerpo femenino contra el suyo, piel contra piel. El agua que todavía les empapaba a ambos pasaba de uno a otro. Todo allí era natural, hermoso. Alex Brau se sintió relajado como jamás lo estuviera, sin tensiones.

«Tengo deseos de dormir, ahora,. Ona.»

«Pues duerme, amor.»

«No puedo.»

«¿Por qué, amor, por qué?», le preguntó sin dejar de besarle.

«El tiempo ha pasado, hay que darse prisa o será el fin de todo.»

«¿El fin de todo?»

«Sí. —Se reincorporó—. Tengo que hablar con el padre Awak, es preciso que lo haga cuanto antes.»

Con una gran toalla, Ona secó el cuerpo de! terrícola y éste se vistió con sus ropas de guerrero. Ella, a su vez, se vistió con una airosa túnica y ambos fueron en busca del padre Awak, que parecía esperarles en aquella especie de santuario en que vivía.

«Sé que te sientes agitado, Alex, hijo de la civilización terrícola.»

«Tengo motivos.»

«¿Por qué?»

«Me queda el tiempo justo para regresar con los míos.»

«¿Y luego?»

«Os ayudaré, os lo juro.»

«¿Cómo?»

«Primero he de regresar por el túnel por donde vine.»

«Sabemos que está cerrado.»

«¿Ha ido alguno de los vuestros a comprobarlo?»

«Sí, fueron dos de nuestros hombres volando y al final del túnel había una pared impenetrable para nosotros.»

«Esa pared no es más que una espita de cristal que se abrirá a una hora prefijada y que permanecerá abierta el tiempo justo para que yo pueda escapar.»

«¿Tus hermanos están al otro lado?»

«Al otro lado hay una caja de cristal millones de veces mayor que ésta en la que estamos encerrados.»

«¿Y para qué sirve esa caja de cristal?», preguntó Ona, interviniendo.

«Yo me quedaré en ella y recuperaré mi verdadero tamaño, yo no tengo la estatura ni el peso que podéis ver u observar ahora. A vuestro lado soy un gigante tan inmenso que con los ojos no os puedo ver. Cuando recupere mi estado normal, que para vosotros es gigantesco, saldré de la caja de cristal y explicaré a mis hermanos lo que he visto aquí, explicaré quiénes sois vosotros.»

«¿Debemos entender que somos vuestros prisioneros?»

«Así es, desgraciadamente, claro está que no hay hostilidad en vuestra contra, sólo se os somete a observación.»

«Y cuando hayamos sido observados, ¿qué nos sucederá?»

«No lo sé, pero se os debería dejar en libertad. Yo voy a actuar por mi cuenta y riesgo aun a sabiendas de que me puede costar muy caro.»

«¿Temes un castigo si nos ayudas?», preguntó Ona.

«Sí. En realidad ya estoy castigado en un planeta donde tengo que hacer trabajos forzados, lejos de todo lo que a vosotros os parece normal; pero no importa. Pasaré por el interior de la espita de cristal, el tamaño de la misma es de un centímetro y medio de nuestras medidas, lo que quiere decir que vosotros podéis introducir vuestra cosmonave en ella sin que se den cuenta. Cerrarán la espita, quedaréis bloqueados dentro de ella, pero no se darán cuenta porque apenas se os ve. Precisamente, la espita es de cristal esmerilado, su interior no se puede ver porque es opaca. Ellos estarán atentos a mí, a mi regreso. En el momento que pueda, levantaré esa espita, la sacaré de su lugar, lo que es muy fácil desde el exterior y podréis escapar. Una vez libres dentro de nuestra propia cosmonave os será fácil escapar.»

«Entonces, estaremos dentro de vuestra cosmonave, ¿no es así?», preguntó el padre Awak que tenía una gran receptibilidad.

«Si. Si os mantenéis cerca de mí, yo buscaré la forma de que escapéis. Os aseguro que os va a ser muy difícil distinguirme porque con vuestros ojos sólo veréis parte de mí. Para poder verme, debido a mi tamaño, tendríais que colocaros a una gran distancia y eso, dentro de la cosmonave terrícola, no va a ser posible.»

«Deja eso de nuestra cuenta, Alex, te encontraremos. Tú haz lo que dices y nosotros haremos el resto, confía en nuestras capacidades. Ahora ya sabemos lo que nos ocurre porque tú nos lo has contado. Nos hemos tropezado con una civilización macro.»

«Sí. Yo creí que un gigante era un ser que era una, dos o diez veces mayor, pero en este caso los terrícolas somos millones de veces mayores que vosotros. —Consultó de nuevo su reloj y dijo, apremiante—: No puedo esperar, más. Escuchadme atentamente..,»

Alex Brau pormenorizó los detalles del plan y se despidió del padre Awak. Ona le acompañó hasta la puerta de salida. Alex Brau la detuvo.

«No, no salgas afuera, es mejor que no te vean.»

La estrechó contra sí y probó una vez más el sabor de los labios de aquella extraña y dulce mujer que formaba parte de un mundo que para los terrícolas era microscópico y a la par enigmático.

«Suerte.»

A Alex Brau le pareció que los ojos de Ona se humedecían, pero ya no podía retrasarse un segundo más, el tiempo estaba contado.

El microscopio estaría observando, esperando su aparición, aquel microscopio que desde donde estaban no se podía ver, ni siquiera intuir su presencia.

Bajó la rampa corriendo.

Llevaba consigo las arnas que no había necesitado en absoluto. Corrió por la superficie de cristal en busca del túnel que no era otra cosa que un tubito que a través de la espita conectaba con la gran caja donde aguardaban todos sus átomos para devolver el tamaño original a su cuerpo.

Cuando llegó a la boca del túnel, volvió la cara hacia atrás y vio la cosmonave.

Ahora sabía que todos los hijos de Vector subirían a la cúpula de cristal, se aposentarían en las butacas y se concentrarían, unirían sus poderes mentales para mover la cosmonave. Su mente era su energía.

Alex se introdujo por la galería de cristal y avanzó por el interior de la misma hasta encontrar Ia espita que, tal como estaba calculado, permanecía abierta.

Trepó por las estrías del esmerilado hasta meterse en el orificio de la espita; allí dentro había pedido a los seres de Vector que aguardasen.

Prosiguió su avance olvidándose de lo que quedaba atrás y por fin llegó a la gran caja de cristal, un inmenso mundo para él en aquellos instantes, un desierto de cristal, un cielo sin estrellas, un cosmos infinito cortado por paredes pulidas y verticales.

Corrió por la inmensa superficie buscando un lugar apropiado para detenerse y esperar; él ya no podía hacer más.

Mientras él corría por aquel océano de cristal, la cosmonave de Vector cerró su portezuela, ocultó su rampa y se elevó ligeramente.

Las mentes unidas de los hijos de Vector habían comenzado a trabajar.

La cosmonave avanzó hasta la galería, se introdujo en ella y llegó hasta la espita, internándose en ella.

La espita fue cerrada desde el exterior, ya no podían escapar, avanzar ni retroceder. Acababan de quedar atrapados en el pequeño

orificio dentro de la propia espita de cristal pero allí permanecían ocultos, no podían ser vistos.

Todo se iluminó y Alex Brau tuvo la impresión de que se abrasaba vivo dentro de una deflagración atómica.

Perdió el sentido. El proceso de reconversión había comenzado, pero nadie sabía si iba a funcionar correctamente.

CAPITULO XI

Alex Brau tuvo la impresión de que un inmenso resplandor llenaba todo su cuerpo, pero su mente estaba como revuelta, agitada.

Las imágenes se superponían unas a otras formando un caos del que no parecía fuera a escapar.

Sus ojos semejaron limpiarse y vio claro a través del cristal de la gran caja en que se hallaba encerrado.

Pudo ver al profesor Ferreri, a Silvana, al general Koster y a la bella, dura, implacable y altiva comandante Carloxia.

Una de las paredes se abrió.

Alex Brau, que venía del mundo del microcosmos, dio unos pasos para salir de su encierro. Se tambaleó, como ebrio, no sabía si de luz o de la vorágine que agitaba las neuronas que componían su cerebro.

-—¡Magnífico, magnífico! —se aplaudió a sí mismo el profesor Ferreri por el éxito conseguido.

— ¿Se encuentra bien, Brau? —preguntó el general Koster.

Les miró a todos despacio, como si ya no fuera uno de ellos. Después sonrió como solía hacerlo, con un ligero cinismo que le convertía en un ente indomable.

— Sí, me encuentro bien. ¿Dónde están los que tenían que venir conmigo al mundo de los seres microscópicos?

El profesor Ferreri carraspeó ligeramente como solía hacer antes de dar una explicación que tenía que cubrir alguna falta o error

cometido.

— Esa será su segunda fase. ¿De verdad se encuentra bien?

— Sí, como borracho. Creo que un trago de whisky me sentará bien.

— ¿Qué dice? —exclamó, incrédulo, el general Koster.

— Que me den un trago largo de whisky, el viaje que acabo de realizar bien lo merece.

— No hay whisky a bordo —recordó el profesor Ferreri.

— Se equivoca, la comandante Carloxia tiene una botella en su camarote.

Todos miraron a la comandante, que enrojeció ligeramente.

— ¿De verdad tiene una botella de whisky? —se asombró el general Koster.

Fue Alex quien contestó.

— A menos que se la haya bebido toda, allí estará. Que vaya Silvana a buscarla.

Carloxia vaciló al explicar:

— Ese brebaje se lo preparó él mismo. Ya le conocen, es un condenado a trabajos forzados.

El profesor Ferreri ordenó a Silvana:

— Vaya a -buscarla.

La mujer asintió con la cabeza y se alejó.

— Ahora nos contará todo lo que ha visto —apremió el general Koster.

El profesor Ferreri se apresuró a quejarse.

— Sólo nos ha escrito un mensaje, ¿por qué? Esperábamos más, no hemos podido seguir todo el proceso de su expedición. Hemos pasado muchas horas sin movemos de aquí.

— He estado ocupado con los hijos de la civilización Vector.

— ¿Qué le han dicho? —inquirió el general Koster.

— Despacio, despacio... ¿De verdad quieren que les cuente lo que he visto, lo que he tocado con mis propias manos?

El profesor Ferreri no disimuló su impaciencia.

— Naturalmente, es lo que estamos esperando.

— Primero quiero que me den mi tarjeta de libertad, la tarjeta que me identifique como ciudadano libre y mi tarjeta de comandante cosmonauta de primera clase especial.

El general Koster hizo más grave el tono de su voz al hablar con severidad.

— Le dijimos que obtendría su libertad cuando terminara la misión. No tema, cumpliremos nuestra palabra.

— Yo me he jugado la piel, la única piel que tengo. Me he metido en esa caja de cristal y he dejado que mi cuerpo se descomponga en átomos y se recomponga en un tamaño tan miniatura que si llega a descubrirme una pulga, para mi hubiera sido un diplodocus al que habría temido y con razón. Me he enfrentado solo a toda una expedición de un mundo desconocido para nosotros y que ignoraba cómo iba a reaccionar y luego, el regreso... No lo tenía asegurado, la prueba es la cara de sorpresa que ha puesto el profesor Ferreri al verme.

— ¿Es ésta la botella? —preguntó Silvana, regresando junto a ellos y mostrando lo que llevaba en las manos.

Alex Brau tomó la botella, la destapó y bebió de ella. Secándose los labios con el dorso de la mano, opinó:

— No es muy bueno pero sirve. ¿Alguien quiere un trago?

— Brau, hablemos de lo que importa —le dijo el general Koster.

— Lo que importa es que yo pido, mi tarjeta de ciudadano libre, me la he ganado. Quiero mi tarjeta de libertad, mi tarjeta de cosmonauta tal como se me prometió.

El profesor Ferreri puntualizó:

— Aún no se la ha ganado del todo, desconocemos los resultados de su expedición.

— Mi libertad, la recuperación de mi derecho de ciudadanía y de profesionalidad no dependía de lo que sean o dejen de ser los hijos de la civilización Vector, sino de que yo me sometiera a la misión, a ser convertido en un microbio y enfrentarme a los desconocidos, meterme en su cosmonave y regresar, y todo eso ya lo he hecho. Denme lo que me he ganado y luego les contaré lo que sé.

— ¿Por qué tanta prisa en obtener la tarjeta? —le preguntó Carloxia.

— Porque desde el momento en que me procesaron por intentar hacer justicia cargándome a unos indeseables con alta jerarquía, me convencí de que no debía fiarme de nadie. He pasado demasiado tiempo en trabajos forzados y no deseo volver a ese maldito planeta de castigo. Me quedaba un tiempo de condena, el equivalente a cinco años de la Tierra poco más o menos y no deseo cumplirlo. El indulto me lo he ganado jugándome la piel.

— ¿Se da cuenta de que podríamos obligarle a hablar?

Alex Brau miró al general Koster. Aquello era una amenaza, no cabía duda. Sonrió y le apuntó con su subfusil polivalente. Todos comprendieron que la tensión había aumentado tantos grados que en cualquier instante podía estallar la tragedia.

— Sus palabras, general, no hacen más que reafirmar mi postura. Que quede claro que no voy a dejarme engañar y si tengo que defenderme lo haré.

— Démosle lo que pide tal como se había previsto —dijo Carloxia.

Al general Koster le costó asentir; era como si en el desafío hubiera vencido Alex Brau.

— Está bien, cuente con ella. Ahora, nos lo va a decir todo.

— Despacio, general, quiero mi documentación en la mano.

— ¿Ha de ser ahora? —inquirió Carloxia.

— Sí.

— Bien, vamos a la sala de control de ordenadores —aprobó el

general Koster.

— Vamos todos —exigió Alex Brau.

— ¿Por qué todos? —preguntó el profesor Ferreri.

— Deseo que sean testigos. No quiero que luego haya órdenes contradictorias; me juego mucho y no quiero que se me tome el pelo, se trata de mi libertad.

—Deje las armas aquí —le pidió el general Koster.

— No, genera!, todavía no, y que conste que con ellas no les obligo a nada; sólo las tengo porque ustedes mismos la pusieron en mis manos para que pudiera defenderme.

— Es usted un cínico.

— Puede ser, general, pero me gustaría verle a usted con la argolla de condenado alrededor del cuello y por mucho tiempo, tanto tiempo que le quedara la marca en la piel.

— No perdamos más tiempo.

Marcharon todos hacia la sala de control de ordenadores. Alex había conseguido que todos abandonaran la sala en la que se habían quedado los hijos de la civilización Vector a borde de su nave, metidos dentro del hueco de la espita de cristal, sin poder escapar de allí hasta que Alex Brau acudiera en su ayuda.

CAPITULO XII

Las dos tarjetas de materia indestructible aparecieron por la abertura del computador.

Allí estaba la fotografía holográfica de Alex Brau, sus huellas dactilares, invisibles pero detectables con un sensor adecuado, la geometría de las palmas de sus manos y las inflexiones de su voz, todo estaba en regla; sin embargo, Alex Brau exigió:

--Metan las tarjetas en el telecomunicador de ondas automáticas y que el mensaje de mi ciudadanía, de mi profesionalidad, surque los espacios. Que los datos sean recogidos por todas las cosmonaves

terrícolas, por las colonias dispersas en Ia galaxia y por los centros de computación del propio planeta Tierra.

— No quiere dejar ningún detalle al azar, ;eh? —gruñó el general Koster.

— Así es, no quiero dejar ningún detalle al azar. Deseo que mi reconocimiento sea oficial en todas partes.

— Bien, general, haré lo que me pide.

— Gracias, Carloxia, pero lo haré yo mismo. Será un auténtico placer gritar a toda la galaxia que Alex Brau vuelve a ser un ciudadano libre de la civilización terrícola con el grado de comandante cosmonauta de primera especial.

Introdujo las tarjetas en las ranuras de telecomunicación, tecleó en el cuadro correspondiente y pulsó cinco botones.

Abrió diez clavijas y se encendieron casi dos docenas de pilotos mientras en una pantalla aparecían las tarjetas.

— Ya está. Ahora, nadie puede desmentir mi libertad.

El ordenador automático de telecomunicación devolvió las tarjetas y Alex Brau se las guardó en un bolsillo. Tendió el subfusil polivalente al general diciéndole:

— ¿No querían armas?

— Su libertad, Brau...

— Comandante Brau, por favor, general.

El general Koster apretó los labios con cierta fuerza. Al fin aceptó:

— Comandante Brau, le recuerdo que su libertad no es óbice para que sea procesado de nuevo si comete otro delito.

— Así es, mi general, pero ahora soy un ciudadano libre. No pertenezco a las fuerzas milicianas, y por lo tanto, la medida de mi obediencia ha de ser muy inferior.

— Ahora debe contarnos todo lo que sabe acerca de la civilización de los Vector.

— Sí, profesor Ferreri, se lo voy a decir.

— No cometa el error de mentir —le advirtió el general Koster—, Eso constituiría un delito. Tenga en cuenta que en una próxima ocasión enviaremos a otros expedicionarios, ya que la expedición de usted parece haber sido un éxito.

— No tengo por qué mentir. Esos seres son muy agradables y en absoluto peligrosos.

— ¿Por qué esa presunción, comandante Brau? —inquirió el general Koster.

— Muy sencillo, porque carecen de armas.

— Las bacterias y los virus carecen de armas como éstas — mostró el subfusil que tenía en sus manos—, pero a lo largo de nuestra historia han matado a millones de humanos terrícolas.

— Porque esos seres inferiores se multiplican en proporción geométrica, mi general.

— ¿Y los Vector no?

— No, mi general, ellos no.

— ¿Cómo se reproducen? Es interesantísimo conocerlo — opinó el profesor Ferreri.

— Aparejándose. Cada mujer, a lo máximo que llega es a tener dos hijos, pero puede tener dos, uno o ninguno, a voluntad. Carecen de la programación brutal que nos somete a nosotros, los arrogantes terrícolas.

— De modo que aún son primitivos —comentó Carloxia con desprecio.

— ¿Primitivos? No, no, simplemente han desarrollado una civilización distinta a la nuestra. Tienen bases materiales, la cosmonave es uno de ellos, .pero la base de su civilización es la mente.

— Como nuestra civilización —gruñó el general Koster.

El profesor Ferreri añadió, contundente:

— Nuestra mente es la que ha conseguido todo el desarrollo y la expansión cósmica que hemos alcanzado.

— No, no me refiero a eso. A ellos no les hace falta mover la boca para hablar, se comunican con esto.

Alex se tocó la frente.

— Eso no es nada importante, la telepatía se conoce en el planeta Tierra desde hace milenios —replicó el profesor.

— Sí, pero ellos la han desarrollado a la perfección. Gracias a la telepatía me he podido entender con ellos, y no porque yo sea un telépata, sino porque ellos han hecho el esfuerzo por entenderme, de modo que he sido yo el que se ha sentido como un tonto y no ellos.

— Esa es una apreciación subjetiva de su parte, comandante Brau —gruñó el general Koster.

— No Io crea, general. Ellos, con su mente, pueden mover lo que desean, hasta tal punto que su cosmonave carece de motores de propulsión.

— ¿Cómo se desplaza esa cosmonave? —preguntó, vivamente interesado, el profesor Ferreri, que había pasado muchas horas observando la cosmonave a través del microscopio.

— Muy sencillo, ellos la mueven a voluntad, con sus mentes.

— ¡Eso es imposible!

— No lo es, profesor. Unen el esfuerzo de todas sus mentes y dan impulso propulsivo. Cuando han conseguido la velocidad que les interesa, descansan y se ponen a nadar.

— ¿A nadar? —repitió el general Koster, incrédulo—. ¿No habrá sufrido usted en su cerebro los efectos de la transformación?

— Mi general, esos seres mueven la cosmonave con su mente y después nadan, así es, nadan, porque tienen una maravillosa piscina o lago lleno de bellísimas flores y con un agua magnífica de color verde amarillento que parece fluorescente y se lo digo porque me he bañado en esas aguas y es un placer pocas veces repetible. Créanme, allí dentro viven como dioses. Tienen plantas, césped. Oiga, mi general, ¿cuánto tiempo hace que no ha puesto su culo sobre un césped?

— ¿Cómo se atreve?

El profesor Ferreri intervino, más por interés de saber que por

serenar los ánimos.

— ¿Y dice que tienen césped dentro de la cosmonave?

— Sí, césped. Supongo que nosotros tendríamos que verlo con microscopio, pero ellos lo disfrutan dentro de la cosmonave, es maravilloso. Tienen grandes acuarios con peces de colores, peces grandes y hermosos, es un paraíso, viven disfrutando. No poseen más armas que su mente, no les interesa la guerra y no pretenden conquistar nada. Van a un planeta, si hay alguien lo dejan en paz y si no hay nadie, toman lo que necesitan y prosiguen viaje.

— ¿Y cómo viven?, ¿aparejados? —preguntó Carloxia, interesada.

— Allí hay hombres y mujeres. La verdad, no sé si están aparejados o no, creo que algunos sí y están dirigidos por un ser más viejo al que todos llaman padre. No es su padre físico pero sí su padre social y espiritual.

— Entonces, ¿están indefensos? —preguntó el general Koster.

— Desde el punto de vista de tener armas como ésas —señaló el subfusil que el general sostenía en sus manos—, sí.

— Bien, eso facilita las cosas. Enviaremos una patrulla que domine la situación.

— Pero, general, ¿qué situación han de controlar o dominar? ¿No le estoy diciendo que carecen de armas?

— Comandante Brau, ha cumplido usted con su misión, ahora la está relatando, pero las órdenes posteriores las daré yo, me incumben a mí y no a usted. Por supuesto que sus apreciaciones serán tenidas en cuenta.

— ¿Qué pretende, mi general, convertirlos en prisioneros?

— Yo no he dicho tanto. En realidad, ya son prisioneros y nuestro gigantismo puede aplastarles; sin embargo, se les cuida.

— Porque esperan sacar producto de ellos, ¿verdad? Quieren conseguir sus secretos.

— Comandante Brau, no tolero su tono. Soy un superior suyo aunque ahora sea usted un ciudadano libre. Forma parte de una misión de la que yo soy uno de los jefes. ¿Ha comprendido?

Carloxia trató de suavizar la tensión preguntando:

— Era muy hermosa, ¿verdad?

— ¿Hermosa?

— Sí, Alex. Tú eres un hombre muy sensitivo, muy sensual, yo diría que primitivo y la presencia de una hembra joven, hermosa y desconocida ha tenido que impresionarte. ¿Cómo se llama?

— Ona.

— Caballeros, ya sabemos lo que ha puesto nervioso a nuestro temerario y arriesgado comandante Brau, una misteriosa hija de la civilización de Vector llamada Ona.

— Aunque tú trates de menospreciarla, Ona es maravillosa y muy inteligente.

— Tengo la impresión de que te ha dolido separarte de ella.

— No pertenezco a su mundo, allí soy inferior, no tengo los poderes de su mente. Además, sería un peligro para ellos.

— ¿Un peligro, por qué? —quiso saber el profesor Ferreri.

— Porque tengo la sangre envenenada.

— Desconocía ese extremo.

— Profesor, no es que me haya envenenado, es que tengo el veneno de la depredación simplemente por ser terrícola. Somos conquistadores natos, ladrones, montamos una guerra a poco que nos den oportunidad. Buscamos la pelea bajo mil pretextos porque en realidad siempre queremos someter a nuestro prójimo o a quien se nos ponga por delante para arrebatarle lo que posea y si no tiene nada, le quitamos la piel como hemos venido haciendo durante milenios en el planeta Tierra. Queremos cazar a cualquier bicho que se nos ponga por delante, sea un elefante, un diplodocus o una mosca si no tenemos nada más a nuestro alcance, y también somos coleccionistas, profesor Ferreri. ¿Es que usted no está pensando en meter en urnitas separadas a cada uno de los miembros de la cosmonave Vector? No me diga que no piensa hacer una colección fantástica con ellos para mostrarle a sus colegas a su regreso al planeta Tierra...

— Tanto como eso...

— Creo que lo mejor sería dejar que el comandante Brau descansara, ha regresado muy nervioso de la expedición al mundo del microcosmos. Después de unas horas de sueño lo verá todo más normal. Ahora que conocemos lo más importante y que los Vector no pueden escapar, ¿por qué no dejar pasar unas horas? Todos estamos fatigados.

— Creo que la comandante Carloxia tiene razón —opinó el profesor Ferreri—, Yo también estoy excitado. Es un gran momento; esta operación ha sido un éxito. ¿Por qué seguir discutiendo a causa de un exceso de nervios? Dentro de unas horas todos nos podemos arrepentir de lo que ahora digamos.

— Por mí de acuerdo. Ahora que me siento un ciudadano libre dormiré más tranquilo.

Alex Brau no esperó a que el general Koster le diera permiso. Abandonó la estancia saliendo al corredor.

— ¡Alex!

Se volvió; Carloxia estaba allí, mirándole.

— -¿Sí?

— ¿Por qué no vienes a descansar a mi camarote?

CAPÍTULO XIII

Iban a entrar en el camarote de Carloxia cuando por el pasillo apareció Silvana corriendo.

— ¿Qué sucede?

— ¡Comandante Carloxia, han desaparecido!

— ¿Quiénes?

— ¡Los seres de Vector! Voy a avisar al profesor Ferreri; no lo sabe aún.

— Vamos —dijo Carloxia.

— Espera, deja que sean ellos —la detuvo Alex.

— ¿Qué quieres decir?

— Prefiero que sea el general Koster y el profesor Ferreri quienes entren en la sala.

Silvana se alejó y Alex Brau alargó la botella a Carloxia.

— ¿Quieres un trago?

— No. Y como tú dices, mejor que sean ellos quienes busquen a los seres microscópicos.

— Ya, lo que tú quieres es que entremos en tu camarote, ¿verdad?

La mujer le miró con los ojos muy abiertos, manteniendo la mirada. Sintió que las mejillas le ardían.

— ¿Quieres humillarme?

— No, ¿por qué habría de hacerlo? Pero sería mejor que te calmaras.

— ¿Qué quieres decir?

— Vamos, Carloxia, cuando no tienes deseos eres la mujer más dura y más fría que he conocido, pero ahora ya conoces

el sexo, tu sexo, y para lograr tus momentos de sensualidad me temo que no te vas a detener ante nada.

— Te equivocas, yo me autocontrolo siempre.

— ¿De veras? Pues peor para ti.

— ¿Peor?

— Hay momentos en que el autocontrol es malo. Para gozar bien hay que soltarse, olvidarse de todo y dejarse llevar.

— ¿Vas a darme una lección? —preguntó, desafiante.

— No, no tengo por qué darte lecciones; creo que he hablado demasiado.

— Tú eres visceralmente un macho, un machista.

— ¿Ah, sí? —se rió, cínicamente.

— ¿Te ha dado ella lecciones?

— Ella?

— Sí, Ona, ¿no has dicho que se llama Ona?

— Sí.

— ¿La has amado? Tú eres capaz de eso. Si ves una mujer, te acercas a ella para poseerla y haces lo que puedes para conseguirlo.

— Quizás.

— No me has respondido.

— ¿A qué?

— No te hagas el tonto.

— No, no me hago el tonto. ¿Qué es lo que quieres saber?

— ¡Si la has amado!

— ¡Carloxia, venga! —gritó desde lejos el profesor Ferreri.

— Vamos —dijo Alex sin llegar a contestar a la pregunta de la comandante y ella tuvo que seguirle.

El general Koster había llegado el primero. Se había arrodillado frente a la cajita de cristal y con una lupa de mano trataba de escrutar su interior.

— ¡No están!

— Por favor, general —pidió el profesor Ferreri—, será mejor inspeccionar la caja con el microscopio, en la pantalla lo veremos todo mucho mejor.

Conectó los aparatos, la pantalla se iluminó, pero en ella sólo habla luz.

— Nada —gruñó el general Koster.

El profesor Ferreri, que habla comenzado a sudar, movió el

microscopio con una ruedecilla de precisión para escrutar milímetro a milímetro el interior de la caja por si aparecía uno de los hijos de Vector por alguna parte.

— Nada —observó también Carloxia.

Alex Brau sabía que la diminuta cosmonave debía permanecer escondida dentro de la espita de vidrio, una espita gruesa y maciza, con un orificio cilíndrico de un centímetro y medio de largo por un diámetro de cinco milímetros.

El microscopio no podía detectarla en aquel lugar porque el cristal de la espita resultaba opaco por estar esmerilado. Todo el problema quedaría resuelto si a alguien se le ocurría sacar la espita, desencajándola; entonces verían la cosmonave de los Vector.

— ¿Qué sabe usted de esto, comandante? —inquirió el general Koster.

— Nada.

— No puedo creerlo.

— General, yo he salido de la caja grande delante de ustedes. De aquí he pasado a la sala de control de ordenadores y de allí he salido en compañía de la comandante Carloxia. Con ella he regresado aquí. ¿No es así, comandante Carloxia?

— Así es, en ningún momento se ha separado de mí.

El general Koster se enfrentó al profesor Ferreri inquiriendo:

— ¿Cuándo cree que han podido escapar?

— No lo sé. La caja es hermética y no ha sido abierta.

Carloxia se permitió preguntar:

— ¿No habrán escapado cuando el comandante Brau ha pasado a la caja grande para recuperar su verdadero tamaño?

— Imposible —refutó el profesor Ferreri—, Habrían resultado alterados en la operación de recuperar su tamaño.

Alex preguntó:

— ¿Se habrán destruido?

— Sí. Si hubiesen pasado al interior de la caja habrían resultado destruidos y usted hubiera corrido un serio peligro de alteración en el ordenamiento de sus átomos.

— Pues menos mal.

— Y si han escapado, ¿dónde pueden estar?

El profesor Ferreri objetó:

— Con el tamaño que tienen es imposible volver a capturarlos. Ya fue una suerte atraparlos cuando estaban pegados al meteorito que tomamos como muestra. Sí, fue una suerte.

— ¿Y no habría forma de volver a capturarlos? —insistió el general Koster.

— No, no creo, son tan diminutos —se lamentó el profesor Ferreri,

— No obstante, búsquenlos, aunque se pasen todo el viaje buscándolos.

— Como usted ordene, general, pero me temo que no los vamos a encontrar.

— Entonces, ¿no ha servido para nada toda la misión?

— se asombró la comandante Carloxia.

El profesor Ferreri explicó entonces:

— Tenemos imagen grabada de esos seres. Conocemos su tamaño, su aspecto. Poseemos material suficiente para presentarlo a la superioridad a nuestro regreso al planeta Tierra hacia donde nos dirigimos.

— Yo relataré en un extenso informe todos los pormenores de lo que he visto con mis propios ojos. Me temo que no van a creerme, pero les aseguro que esa cosmonave carece de motores y que la mueven con su mente.

— ¿Podrían tener la capacidad de traspasar los cuerpos sólidos? --preguntó el general Koster.

El profesor Ferreri denegó con la cabeza.

— No lo creo posible.

— Tienen tantos poderes mentales que sí podría ser posible.

— ¿Será todo eso suficiente? —preguntó el general Koster, irritado. Recelaba de Alex Brau, quería acusarle y no sabía cómo ni de qué.

— Es un desastre haberlos perdido, pero por lo menos tenemos su imagen y el testimonio del comandante Brau.

— El testimonio de un condenado a trabajos ' forzados

— gruñó el general—. No es mucho, que digamos.

— Pues tendrán que conformarse con él —replicó Alex, muy molesto.

Ante la sorpresa de todos, empuñó su pistola polivalente y disparó contra las grandes cajas de cristal.

El rayo supraultrasónico las hizo pedazos, pero no se contentó con esto y antes de que pudieran detenerlo, destrozó también las cajas del complejo aparato de disminución de tamaño.

— ¿Qué ha hecho? —gritó el profesor Ferreri.

Cuando todavía se oían los crujidos de los cristales al hacerse pedazos y se escuchaban los chirridos de los artilugios electrónicos rotos, cuando todo humeaba y apestaba a plásticos quemados, Alex Brau se volvió hacia el profesor y le dijo:

— ¿Para qué quería todo esto? Ya ha conseguido convertir a un ser humano en un microbio, no tiente más a la suerte.

— ¡Lo demandaré por esto!

— Si me demanda, desmiento todo lo que le he contado.

— ¿Es una amenaza?

— Tómelo como quiera.

Se acercó a los cristales caídos, y comportándose teatralmente comenzó a coger pedazos de cristal y a lanzarlos al aire.

— ¡Todo esto no es nada, aquí no hay nada! Usted se quiere convertir en un dios y sólo es una mierda de terrícola como todos los demás.

Alex agitó los cristales, arriesgándose a cortarse. En un movimiento rápido, lo que hizo fue liberar la espita y la dejó caída en el suelo, sin mirarla para no llamar la atención sobre ella para que nadie pudiera ver la fuga de los hijos de la civilización Vector.

— ¡No ha debido hacer esto! —rugió el general Koster.

— El experimento ha terminado. Esos seres, ustedes lo han dicho, han escapado.

— Deben andar por el interior de nuestra cosmonave; no han podido huir.

— Pues búsquelos y captúrelos de nuevo.

— Con el tamaño que tienen eso es imposible, imposible.

— Entonces, dedíquese a recopilar los datos que tiene y prepare su informe para entregarlo a sus superiores. Si los hijos de Vector han escapado, están en su derecho. Usted los hubiera aplastado con su enfermiza curiosidad, sin tener en cuenta que son seres humanos, seres inteligentes.

— Habla usted como si se hubiera puesto de lado de esos seres —gruñó el general Koster.

— Y usted, al hablar de ellos, parece convertirlos en nuestros enemigos cuando no lo son en absoluto. No nos han atacado, sólo han sido nuestras víctimas.

— Es mejor que no discutamos más —pidió la comandante Carloxia.

— ¡Los buscaré, los buscaré hasta encontrarlos! —gritó de pronto el profesor Ferreri.

— Búsquelos, es su problema, pero para mí este asunto ha terminado. Redactaré mi informe sobre lo que he visto y si no se lo creen porque he sido un condenado a trabajos forzados, allá ellos, no voy a molestarme en convencer a nadie.

A partir de aquel instante, el profesor Ferreri se dedicó a inventar un detector con el que poder capturar de nuevo a los hijos de la civilización Vector, pero Alex Brau estaba seguro de que jamás los volvería a encontrar.

El general Koster se reconcentró, ya nada podía hacer en contra de Alex Brau que se había convertido en un viajero de la cosmonave Foc-3.000 que se dirigía hacia el planeta Tierra.

Pasaron las horas.

Alex redactó su informe y lo pasó al ordenador central. Habla cumplido con su cometido, nadie podía reprocharle nada, entre otras cosas porque jamás averiguarían que él había ayudado a escapar a los hijos de la civilización Vector.

— Alex.

En la puerta del camarote estaba la comandante Carloxia, le miraba fijamente.

— ¿Sucede algo?

— No, todo va bien. La cosmonave está en ruta hacia el planeta Tierra, no hay problemas. El general Koster está visionando cintas de entretenimiento; parece haber envejecido mucho de golpe.

— ¿Y el profesor Ferreri?

— Anda como loco, sólo piensa en volver a capturar a los hijos de la civilización Vector. Cuando lleguemos al planeta Tierra recomendaré que lo psicoanalicen, me temo que se ha perturbado.

— Eso creo yo también.«

Carloxia avanzó contoneando sus caderas, buscando que la mirada del hombre convergiera en su cuerpo.

— ¿Y tú qué opinas de esos seres? ¿Tan maravillosos eran?

— Supongo que son.

— ¿Hubieras preferido quedarte con ellos?

— Lo pensé, pero por el bien de ellos, como ya os conté, opté por abandonarlos.

— No me respondiste

— ¿A qué?

— A si gozaste del amor con Ona.

— ¿Tengo alguna obligación de responderte?:

— Eres un tipo especial, un rebelde, un indisciplinado. Por lo visto, siempre consigues lo que te propones

— Ese es mi propósito.

— ¿Qué harás cuando llegues al planeta Tierra'

— Buscar empleo.

— ¿Crees que te lo van a dar-

— Espero que si, como comanda—e de alguna cosmonave aventurera. Ya sabes, hay tipas que arriesgan su dinero en busca de fortuna. La galaxia está llena de planetas coa tesoros inmensos.

— Sí, estoy segura de que lo encontrarás. Tengo amigos

— ¿Ah, sí?

— Sí. ¿Qué te parecería comandar una cosmonave compartida en busca de tesoros?

— Compartida, ¿con quién?

— Conmigo, lo pasaríamos muy bien,

— Vaya, el hielo se derrite.

— No te prometo sumisión, sino compañerismo y en muchas ocasiones no seré dulce.

— Mientras seas un animal como yo, me vale.

Tendió sus manos hacia ella, la cogió por Ia cintura y la atrajo hacia sí para besarla cuando...

«Alex, te amo, pero sé que nuestro amor es imposible».

— Yo también.

— ¿Qué? —preguntó Carloxia.

De súbito, Alex se dio cuenta de que quien había hablado no era Carloxia, el mensaje llegaba telepáticamente a su cerebro.

«Ona, ¿estás cerca?»

«Estamos en tus cabellos.»

«¿En mis cabellos?»

«Sí, aquí no corremos peligro.»

«Buscaré la forma de que salgáis de la cosmonave para que regreséis a vuestro mundo.»

«Gracias, Alex, tú nos has ayudado a escapar.»

«Ona, yo también te amo, pero como tú dices, nuestro amor es imposible. Por cierto, ¿por qué no os vais a dar una vuelta?»

— Alex, ¿qué te ocurre? Te has quedado como, como...

Ante las palabras de Carloxia, Alex Brau sonrió y

preguntó:

— ¿Cómo atontado?

— Sí, pero...

— No temas, sólo han sido unos segundos; es que he recordado a la hermosa Ona.

— ¿Es más bonita que yo?

— Si haces tantas preguntas no vamos a compartir bien una misma nave.

La besó en los labios mientras una cosmonave diminuta abandonaba un bosque de cabellos y se retiraba hacia un lugar donde no pudiera ser un estorbo.

Los dos comandantes, un hombre y una mujer, estaban demasiado ocupados en aquellos momentos mientras la Foc-3.000 surcaba los espacios interestelares.

FIN